



OLVIDARLO TODO

Fabián Riquelme Csori



INUBICALISTAS

OLVIDARLO TODO

FABIÁN RIQUELME CSORI

EDICIONES INUBICALISTAS

ÍNDICE

En rutina con

I. LOS OBJETOS	11
II. LOS CAUTIVOS	33
III. LOS CELADORES	55
IV. SIGO MISMO	77
V. LOS FANTASMAS	99
A MODO DE EPÍLOGO	135
GALERÍA DE DIBUJOS	145

*Actuamos como ratas
en circunstancias que somos dioses
bastaría con abrir un poco las alas
y pareceríamos seres humanos.*

Nicanor Parra

A Lizet

I
LOS OBJETOS

Apenas abre los ojos, se levanta. No se sabe si acaba de despertar o si se trataba de un cuerpo inactivo pero consciente desde hace minutos u horas. Lo constante en todo caso será dudar, o bien no dudar.

Un halo de luz se asoma por una minúscula claraboya del cielo raso. Afuera se oye el repiquetear de las últimas gotas de una profusa lluvia que ha durado toda la noche. El hombre baja del camarote con cuidado. Ya en pie no tarda en hacer la cama: no hay sábanas, sólo un grueso cobertor que deja doblado a los pies del jergón desnudo y un montgomery que utiliza de almohada. Sacude el pesado montgomery como si fuera otro cuerpo entero. Luego se lo abotona hasta el cuello, ocultando una camisa blanca de puños rotos y que en otros tiempos dejaron entrever un reloj de oro, una pulsera de plata, el anillo como compromiso de un sello eterno. Pero nada es eterno. Sus manos desnudas atan el grueso cinturón a sus jeans de trabajo, y antes de protegerse en un par de

guantes de color impreciso, terminan de vestirlo con sus prendas restantes: un gorro de lana, una bufanda y unas botas de nieve que de noche se quedan allí tendidas en el suelo, como un par de tiburones negros al acecho. Él, arriba, con su cuerpo intranquilo yace sobre una litera nueva de metal barato, una cama que desde muy temprano queda vacía, un jergón desnudo con solo un grueso cobertor doblado a sus pies. Esa cama sola como si nadie durmiera en ella, como una pieza de hotel desahuciada; los restos de un naufragio, un par de fierros y resortes miserables encallados en una pared de madera foránea que nadie tocará hasta que vuelva a ocultarse el sol. Y esto es fundamental.

Los tiburones navegan por el suelo húmedo de la habitación. Van sorteando obstáculos aún ocultos en la penumbra hasta alcanzar una viga interior de mediana altura, cubierta de abundante cera de vela derretida, como un paisaje lunar o una orgía de arreglos florales en descomposición. Sobre la viga hay un espejo de mano y un peine desdentado. El espejo refleja un vidrio opaco que refleja un peine y un guante que lo coge. El espejo refleja un rostro. Sus ojos siguen ahí. Sus arrugas son las justas. Deja el espejo y continúa paseándose por la habitación. Camina en silencio de un lado a otro. No busca, no divaga, parece ser otra cosa. Recorre los muros con los brazos abiertos, rozándolos apenas con las yemas de sus dedos enguantados. Intenta abarcar el espacio. Se sumerge

en sus esquinas, gira sobre sí mismo y los tiburones se enroscan como serpientes en la inmundicia, pero no acaban por comerse sus colas porque de pronto, se acaba.

El hombre se acerca a la puerta. La toca, la empuja, la fuerza. La puerta se abre de un chirrido. Un chiflón entra sin pedir permiso. En el dintel se genera una corriente circular que renueva el aire viciado de la noche. Del otro lado, el paisaje exterior es dominado por un suelo escarchado que recuerda a la cera derretida en la viga del interior, suspendido como una fotografía revelada pero esta vez del lado oculto de la luna, de aquel pedazo de superficie que solo han visto con sus propios ojos algunos astronautas y extraterrestres. Todo hace pensar que se trata de una nueva mañana de fantasmas. Junto a la puerta hay un tarro parafinero utilizado como orinal, que se encuentra a medio llenar y que el hombre recoge antes de cruzar el umbral. Los tiburones se arrastran por la fricción con la tierra y gruñen con el roce de sus escamas en el hielo. La luz reflejada en los blancos lo enceguece: el suelo blanco, el cielo blanco; una rama se quiebra y su eco seco se repite a lo lejos. No se ven insectos ni se escuchan aves, la flora es escasa, la fauna ausente. El movimiento es el viento, pero no hay árboles en llamas, solo raíces calcinadas. Aquí ya se extinguieron todos los incendios. El fuego humano acabó con todo o casi todo y el resto de la tarea la hizo el viento, que es lo único que persiste y realmente se

mueve a su antojo, trazando en el espacio una serie de rutas sin principio ni fin, que se bifurcan y vuelven a encontrar una y otra vez en cualquier lugar, en cualquier momento.

El hombre acepta el viento con una mezcla de resignación y respeto, pero se resiste a participar en su coreografía. Pisa con fuerza. Pisa dejando huellas en la nieve. Su cuerpo camina levemente inclinado hacia adelante, con una mano aferrada a su orinal y la otra oculta en el hondo bolsillo de su montgomery. Así camina unos metros en línea recta hasta llegar al baño, una caseta improvisada en perfecto estado y aun así no exenta de filtraciones. Entra en la caseta descalzo, pisando sobre una rendija de tablones. El montgomery queda colgando de un perchero improvisado. El agua es rancia y escasa, fría en el límite de lo tolerable. Al contacto eriza la piel, enceguece los poros, entumece el cuerpo. El baño no puede durar demasiado, pero tarda un poco más de lo esperado, y estos breves segundos de más, este aguante, es fundamental.

Ya no hay dudas de que está completamente despierto. El agua sigue escurriendo. Se seca con un trapo infame y vuelve a vestirse con sus prendas de trabajo. Luego de un desayuno frugal (pan y té) cruza un cerco de madera y se detiene unos minutos en el centro de un amplio patio rectangular. Durante estos minutos de inacción aparente, el hombre permanece extático en sus pensamientos, ajeno al

viento que lo envuelve desde todos los frentes. Su rostro es una ausencia todavía inexplicable de gesto, de juicio y acción. Pasan unos minutos en que el hombre espera. Los minutos pasan hasta que, de un momento a otro y del mismo modo mecánico con que allí se detuvo, recupera abruptamente la noción de sí mismo y se comienza a alejar del recinto por un estrecho camino de ripio.

Su cuerpo conserva la inclinación, aunque ahora se protege del frío con ambas manos en los bolsillos. Sus labios se mantienen fuertemente cerrados. Camina en medio de una ola de silencio. Lo sigue el viento. Apenas siente el peso del tiempo que, como un espejismo, se desliza resbaladizo bajo sus pies. La flora se mantiene escasa. Solo se ven algunos arbustos resecos, renovales y coigües aislados, líquenes en las zonas más pantanosas a las afueras del camino, troncos caídos de cipreses de las Guaitecas, tablas y varas de madera apiñados. Pero sobre todo hay residuos humanos: alambres, planchas de zinc, clavos y tornillos desparramados en los costados de las aceras inexistentes, formas inertes y filosas, sin movimiento, nuevas y oxidadas, de todo tipo.



A la intemperie y bajo condiciones normales, que aquí es como decir bajo condiciones anómalas, una hoja de papel puede tardar un año en descomponerse; una colilla de cigarro entre uno y dos años; la tapa de una botella de cerveza, unos treinta años; un encendedor, cien años; un buen par de zapatos, doscientos años; un bidón de plástico, trescientos años; una batería eléctrica, más de mil años; una botella de vidrio, cuatro mil años. Un cuerpo humano difícilmente sobrevive más de cien años, salvo excepciones como la de Li Ching Yuen u otros herboristas taoístas mesiánicos. Pero el hombre común, este hombre que camina con frío sobre un degradé temporal entre lo nuevo y lo oxidado, seguramente se crio desayunando café con leche entera de vaca recién ordeñada y pan amasado con manteca, comiendo cazuelas de pantrucas junto a una chimenea mientras aspiraba el hollín, las cenizas y el cenicero de su padre. Este hombre seguramente se ha forzado en muchas ocasiones hasta el extremo, o mejor dicho hasta lo que él creía que era su límite: como una prensa de la Revolución Industrial o una pica en el Chiflón del Diablo, se ha excedido, ha trasnochado, se ha extasiado de ternura, placeres, furia y aflicción. Los hombres normales como él difícilmente sobreviven un siglo.

Desde aquel instante en que un cuerpo expira, se rigidiza en menos de treinta y seis horas; en cuatro meses

pierde sus uñas y la piel superficial que sostiene sus cabellos; sus tejidos pueden desaparecer completamente en menos de un año; los huesos se deshidratan y vuelven quebradizos en solo cuarenta años. Bastan otros cien años para que ya solo quede un hueco en el espacio. Por eso el uso es víctima de la descomposición, pero también su verdugo. Por eso un hombre que camina es frágil y tiene algo de fantasmagórico. Su montgomery perdurará muchos años, sus tiburones continuarán navegando en la nieve sin más depredadores que el tiempo ayudado por el viento. El tiempo y su apetito voraz se seguirá saciando de las prendas de su dueño desaparecido. Por eso un clavo nuevo es en realidad poco más que un clavo oxidado. Un clavo nuevo es apenas un clavo útil para un hombre que todavía sobrevive.

Otra certeza: el camino por el que va definitivamente no conduce a Roma, ni a Elelín ni al Paraíso. En otro tiempo, por él habrán transitado ganaderos, estancieros, balleneros, loberos y afiebrados por el oro, convirtiendo sin querer y al mismo tiempo con una profunda convicción aquellos tiempos mejores en peores. Pero ahora, más que antes, ese camino acaba en un mar gélido e indomable, adherido a un horizonte inalcanzable. Desde que el hombre está consciente de esto prefiere agachar la cabeza con humildad y mirarse los pies. Porque una isla es una isla y en una isla el único punto cardinal es el mar, que solo es un eufemismo más de

la soledad. Pero el horizonte del hombre es quizás más estrecho y su destino más inmediato, pues no tiene nada que ver con esa frontera de aguas demasiado congeladas para ser nadadas y demasiado esmirriadas para ser andadas. Su destino inmediato tiene más bien la forma de una loma, una meseta rodeada de fango, calafates espinosos y matas de coirón.

Sobre este precario destino trashumante reposa una construcción de madera, desvaída y abandonada. Se trata de la construcción más antigua de toda la isla que aún se mantiene en pie. El hombre, ya de pie frente a ella, la envuelve fascinado con la mirada del mismo modo que el mar envuelve sus horizontes. El hombre observa absorto.

El acceso a la obra está protegido por un atrio abierto, que cumple la función de terraza y que es soportado por balaustres de madera tallada en un estilo que recuerda al barroco americano. La nave principal, más elevada, es una base rectangular de veinte por ocho metros, con un pequeño altillo donde alguna vez cantaron los fantasmas. Los cimientos se sustentan sobre pilares y pilotes cuyas basas de coigüe fueron labradas con hachazos bruscos y esmerados, posiblemente ejecutados por un artesano del purgatorio insular, ansioso por acabar antes de sucumbir al frío y a la noche; un labrador que quién sabe en qué pensaba cuando aceptó esta tarea, que quién sabe desde qué latitudes venía (porque de allí no era), un constructor cuya tarea no podía

durar demasiado pues de su rápida ejecución dependían sus años de vida restantes. Al fondo de la nave hay una pequeña sacristía con un rústico ataúd abierto por completo y sin nada en su interior. Por un costado de la nave se accede a la única torre de la edificación. Desde allí, una escalera en espiral lleva hasta un campanario cuya techumbre sostiene una cruz de metal oscuro, torcida e inmóvil a pesar del fuerte viento que la azota en las alturas. La cruz rara vez proyecta una sombra visible, porque rara vez las nubes permiten el paso de los rayos del sol; cuando esto ocurre, sin embargo, la sombra que proyecta la cruz es la del minuterero y horario de un reloj solar descompuesto, que da siempre la misma hora. Esta cruz que emerge en lo alto no significa nada, pero lo observa todo y ejerce un magnetismo sobre el viento que en respuesta la rodea chiflando en una lengua arcana sin atreverse a decirle adiós. El techo del resto de la edificación está coronado por planchas onduladas de zinc con una pronunciada inclinación para la caída del agua lluvia.

La iglesia parece abandonada desde hace años. Cada uno de sus rincones deteriorados forma parte de un rompecabezas, uno que susurra su solución y que el hombre parece haber descifrado. Pese a su abandono, está en un estado de conservación envidiable. Aunque la isla haya sido atacada por diversos males anónimos, las fundaciones del templo yacen en un lugar que ha sido sistemáticamente ignorado

por terremotos y otros desastres naturales. Ningún desastre bautizado por el sacerdocio de la Historia, con nombre de niño, mujer u hombre, conoce este templo. Distinguidos desastres, que por existir van haciendo aparecer nuevos lugares en el mundo. Antes de llegar aquí, se pierden en el intento o prefieren morir. El hombre planea su restauración como excusa para llenar el tiempo de sí mismo. Una tarea concreta a la que dedicarse con pasión. La iglesia pareciera ralentizar en ella el paso del tiempo, a costa del vertiginoso envejecimiento de su entorno. Pero esto es solo una impresión que se disipa al ver su cruz inclinada en un ángulo agudo, punzante, enervado.

Mientras tanto, la isla sigue siendo una isla. Todo en ella es envolvente. La isla se queda en la isla. La isla oculta una oración poblada de nombres escritos en la roca bajo el hielo. El viento envuelve la cruz de una iglesia y el pomo de la puerta de una barraca, la mirada de un hombre envuelve obsesionado una iglesia abandonada que fue construida hace más de cien años en los confines del mundo (cien años, la vida de un encendedor abandonado por ya no prender ninguna llama, por ya no poder iniciar ningún incendio). Los calafates envuelven las superficies verticales, el hielo envuelve las superficies horizontales, el viento asciende por las diagonales y la tierra envuelve los fuegos extintos por un mar que lo envuelve todo.

El hombre se propone restaurar esa obra creada por alguien que ya no existe. Tampoco existen ya sus planos. El hombre no cuenta con las condiciones mínimas para trabajar de la manera más eficiente, pero es competente y tiene experiencia en esforzarse por recuperar lo que parecía perdido. Años de experiencia adquiridos en otro lugar y en un pasado remoto que se esfuerza por rescatar del olvido. Años de experiencia de otro lugar remoto para rescatarlo del olvido. Experiencia remota para un rescate. Rescate remoto. Olvido.

El hombre sabe barnizar las paredes con aceites extraídos de vehículos inservibles, broncear con pintura policromada los aleros y la techumbre, raspar cien metros cuadrados de suelo raso, encerar el suelo previamente lijado, enmasillar vidrios nuevos de origen incierto. Quizás manipule un serrucho, una sierra, un hacha, un martillo, una espátula, una brocha, una broca, un destornillador, un alicate, pero sobre todo: papel y lápiz. Folios de papel enumerados y un lápiz grafito que atesora con fervor, herramientas que reposan bajo su montgomery-almohada cada noche, que guarda en su bolsillo cada mañana durante sus plegarias personales, papel y lápiz que se encierran con él en el baño y que quizás acaricia en secreto durante aquellos minutos en que se mantiene en pie, aletargado en el centro del patio exterior. Estos objetos lo acompañan cada mañana durante

todo su trayecto hasta el templo, y son los primeros y últimos que se cerciora de guardar en sus bolsillos antes de regresar a la barraca. En estas hojas que son suyas y que totalizan sus pertenencias restantes, el hombre va delineando minuciosamente la restauración de la obra. En ellas bosqueja el destino de la iglesia en el largo plazo, una serie de algoritmos para huir de lo mundano. En estas hojas el hombre predice su propio destino en el corto plazo. El tiempo es un verdugo con apetito voraz y hay que alimentarlo. Destorciendo cruces, abriendo ataúdes, trazando planos.

La jornada diurna continúa hasta el mediodía. Su cuerpo ha logrado entrar en calor. Su descanso coincide con la disposición del sol en su cenit, con la reducción implacable de todas las tenues sombras aledañas, incluida la suya. Cuando el hombre descansa también descansa su sombra, testigo ocular de la noche de las cosas. Sentado en la escalinata del atrio, contempla el trabajo avanzado y recupera energías con un almuerzo insípido pero necesario: un plato de legumbres solas (lentejas, porotos o garbanzos), un vaso de agua, medio trozo de pan; nada verde, nada rojo, no más colores.

El hombre luego de reposar unos minutos se va a caminar a la ribera de un riachuelo cercano, una angosta corriente de agua de a lo sumo dos metros de ancho. Allí aprovechará de orinar y defecar. Este es el primer momento de ocio desde que abandonó su barraca. No puede durar de-

masiado pero se propone disfrutarlo. La orilla del arroyuelo está dominada por numerosas piedras de distintos tamaños, de bordes lisos y suaves, caóticamente organizadas como la instalación plástica de un artista oulipiano. Dentro de este pajar que es un rompecabezas aparte, el hombre descubre cientos de objetos cortopunzantes que delatan presencia humana: trozos de vidrio de bordes afilados, clavos y alambres de acero con sus puntas aguzadas. Una de las piedras llama especialmente su atención y se agacha para recogerla. La piedra tiene grabado un monograma rodeado por un corazón. El hombre sigue buscando y da con otras piedras marcadas con iniciales, breves nombres de pila o apodos errantes. Las distintas tipografías reflejan el temperamento con que las piedras fueron escritas. Algunas parecen arañazos, otras son dulces bordados. El hombre alterna su mirada entre las piedras y el paisaje. Con imaginación y perspectiva, podrían tratarse de objetos ceremoniales, el resultado de un sacrificio pagano, la comunión de una eucaristía del cristianismo primitivo, antes que sus miembros salieran hambrientos de sus criptas subterráneas a la luz del sol para ejercer su dominación de misericordia atroz. El hombre parece sentirse a gusto en esta ribera de texturas. Desea apropiarse del rito y sumarlo a su culto personal. Recoge un clavo especialmente afilado. Elige una piedra virgen, especialmente plana, oscura y suave al tacto. Procede con habilidad artesana. Lo primero que graba

en una de sus caras es un laberinto, en la otra escribe «S31», una letra y dos números que podrían contener la memoria del mundo. El hombre deja la piedra con suavidad en medio del arroyuelo, como deseando ingenuamente que flotase y siguiera el curso de la frágil corriente hasta alcanzar el océano. El dorso del laberinto queda justo por sobre el nivel de la superficie. Unas finas hebras de agua cristalina inundan los surcos de sus caminos sin salida, mientras el hombre le da la espalda y regresa sobre sus pasos.

Ya de vuelta en la iglesia continúa su jornada vespertina de trabajo, la que se extenderá durante las cuatro horas siguientes. El hombre comienza a trazar en sus folios de papel posibles mejoras para la techumbre. En las esquinas de sus dibujos, entre una plancha y un muro, entre la inclinación de la cruz y la base del tejado, entre el punto de fuga y la línea del horizonte, el hombre visualiza patrones, esbozos de monogramas, amalgamas de números y palabras, rutas de un laberinto que no parecen hechas ni de ripio ni de corrientes de agua sino más bien de las certezas e inseguridades que confluirán en su camino de regreso, el mismo de la mañana que ahora retoma por fin en sentido inverso y que en cuarenta y cinco minutos lo llevará de regreso a su barraca, para configurar en ella un laberinto todavía más insondable.



El hombre se comienza a alejar de la loma de fango, calafates y coirones. Una parte del viento se queda azotando el templo, concentrado en sus propios ritos. Otra parte se va con el hombre, a quien de cuando en cuando le susurra adivinanzas al oído y que él responde entre murmullos con los labios apretados.

Frente al templo que deja atrás, ahora corresponde saberlo, descansa un descampado que en otros años debió haber sido una pequeña plaza circular. Alrededor de la plaza todavía se mantiene en pie un humilde caserío, apenas una veintena de casas modestas y que en otro tiempo debieron haber cumplido distintos fines utilitarios: carpintería, herrería, aserradero, panadería, tambo, lechería, fábrica de tejidos, en fin, lo necesario para mantener un asentamiento humano en un paraíso perdido y condenado a la vejación. El hombre se aleja y sólo ahora, casi al perderse de vista, comienzan a salir personas de algunas casas para entrar en otras casas. No se trata de fantasmas sino de hombres viejos y cansados junto a mujeres robustas y resignadas. Personas de carne y hueso que mientras él trabaja no le hablan, solo lo miran de reojo guardando las distancias, con una mezcla de curiosidad y recelo por cada nuevo avance en la reconstrucción de su templo abandonado. Personas, pero que dominadas por la desconfianza o la censura prefieren guarecerse durante el día dentro de sus casas, como si se tratara de osos pardos en estado de hibernación.

Estas personas conocen algunas historias. Saben con certeza, por ejemplo, que la edificación original de aquella obra magna del fin del mundo gatilló muchas muertes. Saben que sus descendientes están allí enterrados a solo un par de metros bajo la nieve. También intuyen que entre sus antepasados se deben contar tanto víctimas como victimarios. Posiblemente aún no lo deseen ni lo estén pensando, pero es muy posible que cuando el templo sea restaurado vuelvan a sentir una necesidad imperiosa de volver a habitarlo. El hombre se aleja y casi al perderse de vista, un niño pequeño, arropado hasta los dientes, sale de una de las casas frente al descampado. El niño se detiene en medio del camino y en silencio lo saluda con una mano.

El hombre llega por fin a la barraca. Lo que sigue a continuación es trivial. Se sienta exhausto sobre un tronco de coigüe utilizado para cortar leña, mientras el agotamiento de la jornada se apodera súbitamente de su cuerpo magullado. Su respiración está agitada y descontrolada por el viaje. Desde su pecho emerge hacia su garganta el vapor de un ferrocarril del recuerdo poblado de pasajeros, las vocales jadeantes que se niegan a desembarcar. La piel de sus muñecas y rostro se vuelve escamosa. Los tiburones negros se sacuden rítmicamente al son de sucesivos calambres, mientras su temperatura corporal comienza a descender. Bajo sus guantes, sus manos son dos costras de

esfuerzo; sus hombros y espalda, una pesada carga de la que no puede desprenderse.

Mientras reposa allí sentado, frente suyo se enciende una escuálida fogata. Su caótica incandescencia lo confunde y obliga a reflexionar sobre en qué momento tomó el fósforo que ahora sostiene entre los dedos de su callosa mano. Su cuerpo comienza lentamente a entrar en calor. Aquella insignificante victoria logra poner en marcha su locomotora interior, que huye del todo por su garganta para confundirse en un murmullo con el crepitar de las astillas chisporroteantes. La tarde se deja caer en silencio. Las sombras se extienden y se propagan para atestiguar allá por donde vaya entrando la noche en los fierros del camino. La ausencia de lobos o perros es suplida por los aullidos del viento. Entonces qué hacer. El hombre toma sus folios de papel y dibuja, pero esta vez no planos arquitectónicos, sino que observaciones y recuerdos; esta vez no traza el futuro de un templo, sino el presente y el pasado de otras contemplaciones. Papel y lápiz como máquinas del tiempo, herramientas para construir la libre ilusión de un quiebre o de un cambio de mando, la fantasía de que el tiempo puede truncarse. Dibuja bien, cada día mejor. El dominio de su técnica le significa el dominio de sí mismo. Así, diariamente, el hombre dibuja durante varios minutos que dependiendo de su estado de ánimo se pueden extender durante más de

una hora. Algunos días se concentra en un único objeto rebosante de sutiles detalles. Otros días se dedica a hacer simples borradores que va tachando compulsivamente uno tras otro para comenzar rápidamente con el siguiente, en el reverso o en otra parte de la hoja, en una hoja aparte o incluso encima del dibujo anterior. Dibuja un poco más, hasta que llega su hora de cenar el agradecido déjà vu gastronómico en el que se repiten los restos del almuerzo, las legumbres, el pan duro, una caña de agua.

El hombre se va a acostar. Junto a la puerta de la barraca deja el tarro parafinero que quizás durante la noche utilice como orinal. En una viga a mediana altura, como una bandera en llamas, aletea la tímida luz de una vela que no alcanza a asomarse por la única claraboya del cielo raso, ni su escaso calor alejarse por la pequeña ventana siempre abierta de uno de los costados. El hombre se desviste, deja sus tiburones en el suelo y sube a su catre intacto. Arriba dispone su montgomery como almohada, se tapa con el cobertor y así se queda en estado de reposo, mirando el techo con los ojos abiertos.

Yo lo veo todo desde aquí, desde el fondo de la habitación, a solo tres literas de distancia. Alguien apaga la luz, y quizás al mismo tiempo se estén apagando otras luces parecidas frente al templo, en el caserío de Puerto Harris. En ocasiones, pese al cansancio, me cuesta conciliar el sueño, pero aunque ya no puedo verlo, sé con seguridad que siempre me duermo antes que él.

II
LOS CAUTIVOS

Nuestros ojos se van abriendo lentamente, de dos en dos, y se depositan en uno y otro, reconociéndonos en silencio, contándonos y sobre todo asegurándonos que seguimos siendo los mismos de ayer. Entonces él también abre sus ojos de par en par, se incorpora súbitamente y baja la litera con cuidado, el primero de todos, intentando no importunar a su compañero de abajo que recién se comienza a desperezar.

Hacemos nuestras camas en silencio, algunos apenas susurrando frases breves y cuidadas para retomar conversaciones interrumpidas la noche anterior. Más de una quincena de literas, todas parecidas en su precariedad, pero variadas en abrigo y comodidad. Algunos más friolentos no utilizan almohada y optan por poner sus chaquetas como un segundo cobertor. Otros disponemos del lujo de sábanas, pero carecemos de mudas de ropa suficientes para mantenernos libres de humedad. En cualquier caso, nos hemos preocupado de distribuir equitativamente nuestros

escasos recursos, de modo que nadie tenga que lidiar con una indigencia absoluta.

Afuera todavía caen algunas gotas de la última lluvia, y su sonido se confunde en el alba con salpicones metálicos. En otro tiempo y en otro lugar, donde este clima sería juzgado como invernal, posiblemente habríamos considerado descansar unos minutos de más. Pero aquí la mañana no admite improvisaciones. Somos los peones de un ajedrez que diariamente repite la misma partida, una que acaba irremediablemente con un mate, con el rey de pie y todos los peones desparramados en el suelo. Nos vestimos con dificultad en la penumbra del estrecho pasillo. Nuestros movimientos se multiplican deformados en el espejo diminuto que debemos compartir entre todos y que va pasando de mano en mano, de ojo en ojo, de carie en carie, reflejando en nuestras caras la mueca del tiempo, el rictus apenas perceptible en la comisura de los labios, una hendidura en el entrecejo, los ojos opacos, un gesto duro como una máscara mortuoria, que se ajusta a todos nosotros como si compartiéramos un único rostro.

Es el primero en tender su cama. Revisa sus folios de papel y los guarda cuidadosamente en los bolsillos de su montgomery. Luego comienza a caminar por todos los rincones de la habitación, sin interrumpir nuestro ajetreo ni alterar el orden ni el caos. Ahora mismo extiende los brazos entre dos literas y se pone a girar sobre sí mismo. Sin ánimo de bromear por sus exóticos ejercicios (porque no

corresponde, porque quién sabe qué extravagancias conlleve nuestra propia locura) lo vemos desplazarse con agilidad por el tablero, como un peón montado en un corcel visionario, un rocinante arriba del cual, de algún modo que no podemos imaginar todavía, nos guiará y protegerá de lo que viene.

El hombre abre la puerta que relincha y se aleja galopando al baño con nuestro orinal parafinero. El viento irrumpe sin aviso y oxigena todos los rincones. La luz reflejada en la escarcha adherida a las superficies penetra con fuerza y nos ciega por unos segundos. Una vez hechas nuestras camas y puestos nuestros abrigos, también nosotros marchamos hacia la zona de las duchas, separados en grupos pequeños.

Nadie sabe cómo él aguanta allí dentro tanto tiempo. No es solo el frío. El agua con que nos lavamos desemboca junto a nuestros excrementos congelados en un barrial a escasos metros, donde los rancheros, el grupo designado para lavar diariamente nuestros platos y cubiertos, debe crear jabón mezclando aquella inmundicia acuosa con arena. Agua rancia en una isla no potable. Arrugas prematuras. Duchas rápidas y afiebradas, que acaban con cada uno secándose el pelo como puede y mirando de reojo un poco cuesta arriba, un poco con vergüenza, allá desde donde proviene otro cauce de barro, allá donde se alcanza a ver otra barraca igual a la nuestra, con su puerta siempre cerrada, pero que sabemos también debe estar habitada, y en ella confinadas

otras historias que ignoramos, pero que podrían ser otra imagen reflejada de nuestro propio espejo.

Nuestra barraca se divide en dos espacios independientes: uno más pequeño, donde duermen ocho de nosotros, y otro más amplio, donde inicialmente fuimos treinta y tres, luego treinta y seis, luego veintiocho, luego diecisiete. En un momento, llegamos a ser cuarenta y dos. Ahora en toda la barraca volvemos a ser más de treinta cabezas. Desayunamos juntos cobijándonos del frío, hombro con hombro alrededor de una fogata incipiente, sentados en leños o sillas improvisadas diseñadas por nuestro constructor quijotesco. Sabemos que después del desayuno deberemos esperar seis horas hasta probar otro bocado, así que el té lo saboreamos como si se tratara de un elixir vaporoso de las costas del Bósforo, y el pan una hostia de la supervivencia, ofrecida en comunión a todos nosotros pecadores por no bendecir la mesa y por comer sin quitarnos los guantes.

Acabado nuestro austero desayuno, nos reunimos como a diario en el patio central del campamento. De pie en la alfombra apelmazada, barrosa y escarchada de la intemperie, una extraña sensación se apodera de nosotros. El estar en medio de un campamento en el centro de una isla, en el centro de la atención del viento, en el medio del presente, que es como decir en la frenética lucecilla de una vela a punto de consumirse ahogada en sus mares de aceite. Porque el centro es desequilibrio o tiene la cualidad de

desequilibrarlo todo, y este es un centro magnético y amoral en el sur del sur, donde las brújulas y relojes se detienen rendidos antes que insistir en especulaciones inútiles como qué hora es, como en qué paralelo estamos. Entretanto, el viento intenta traducir el aullido de los fantasmas, pero no somos capaces de entenderlo. No queda más remedio que mirarnos a los ojos y leer en ellos nuestra propia consternación. Aunque quizás sí, él alcance a descifrar algo, aquí petrificado entre nosotros, hombro con hombro, ilegible mientras observamos aquella bandera inmensa que flamea al centro del centro y que asciende implacablemente hacia el centro del cielo, ignorándonos por completo. Flamear, de la raíz latina *flamma* y que significa hacer llamas. Aquella bandera ardiente, que es nuestra cruz y navega en las alturas arrojando su caña de luz por si algún mártir pica su anzuelo ensangrentado.

Ruge el viento. Recuperados de nuestra ensoñación, dejamos el patio y nos comenzamos a alejar del campamento, siguiendo nuestras propias huellas fosilizadas en el camino por el recorrido de ayer, y por los de antes de ayer. Marchamos en silencio, en fila india para protegernos del frío, y quizás de todo lo demás ajeno a nosotros mismos. Uno detrás de otro, como en nuestra época de escolares, cuando debíamos entrar ordenados a nuestros salones de clase, con nuestros bolsos al hombro, pero que ahora no son mochilas ni loncheras, sino chuzos y palas. Uno detrás de otro, en marcha

lenta y fantasmal, con nuestros tiburones negros y marrones. Desde lejos debemos parecer un ciempiés monstruoso, una bestia de las nieves. Pero no hay certezas, solo conjeturas. No tenemos puntos de vista, la isla los ha borrado todos o los oculta, impidiendo así la simbiosis necesaria para que algo sea más que para uno, el que algo sea visto por alguien más que por sí mismo, como los primates vieron entrar en las caravanas a los primeros homínidos, como los indígenas vieron a los misioneros internándose en sus selvas, los americanos del siglo XVIII a los gitanos bajando de los barcos, las cucarachas a los exterminadores de plagas, el lente del camarógrafo herido de bala a las grandes turbas del mundo. No tenemos referencias, los puntos cardinales no existen. No hay lejos, no hay cercas, izquierdas ni derechas.

¿Cómo hemos de vernos desde lo alto? No hay ningún ave observando, ningún artificio humano. Hasta las imponentes cumbres de la cordillera se han enterrado avergonzadas; convenientemente, han preferido continuar su camino interminable de cumbre en cumbre bajo el mar. Hemos de conformarnos con aquella loma insignificante, esa que ostenta aquella pobre iglesia que nos convoca. Y sí, quizás con esa cumbre bastaría, con que allí arriba hubiese alguien, un ojo externo que nos viera como desde el cielo, que observara nuestro bamboleo y luego nos describiera aquello que ve de nosotros aquí abajo. Pero el templo y su cruz no son parte del recorrido sino nuestro destino. Por

eso, apenas lo divisamos la comparsa se dispersa; algunos nos dirigimos hacia su interior y otros a sus distintos costados. Así que ni siquiera eso, imposible un observador externo, el punto de vista alternativo, el paisajista privilegiado. Desde aquella loma apenas y alcanzaría a atestiguar nuestra estela.

Una estela. Eso somos, eso debemos parecer desde lo alto. Un vestigio, aquello que quedó en el llano, en los barcos cuando los gitanos desembarcaron, en las barricadas vacías con sus neumáticos pinchados, esos que ahora emergen como setas al borde de nuestro camino, junto a los coirones y coigües calcinados. Quizás somos lo que vamos dejando atrás, no más que nuestro propio rastro. Y en ese caso, al menos algo somos, y lo que estamos haciendo sin saber es dejar un lazo para que otros puedan alcanzarnos. Una cuerda invisible para tirar de ella, y del otro extremo, un grupo de espaldas caminando contra el viento.

Caminamos y creemos estar avanzando, cuando nuestros pasos lo que hacen es dejarnos atrás. Lo que hacemos es intentar alcanzar las huellas de nuestros compañeros, pero parece imposible mantener el ritmo, sortear los obstáculos, las corrientes impredecibles del viento que nos pinchan las costillas y nos mueven de lado a lado. Queremos creer que este aire polar alivia nuestros pulmones, pero el envejecimiento prematuro ya es evidente. Tosemos, estornudamos, enrollamos nuestras bufandas como turbantes. El pasado se comienza a entrever más vasto que el futuro, así que aguzamos

la mirada y creamos nuestras propias huellas, clavando más hondo nuestros pasos en el hielo.

Seguimos caminando, hasta que en el horizonte divisamos por fin la torre del templo. Así, tras cuarenta largos minutos de marcha, llegamos una vez más al descampado frente al caserío. El humo alrededor de las chimeneas de las casuchas continúa imperturbable, abriéndose paso hacia el cielo. Las puertas se mantienen cerradas, como si nunca se hubieran abierto. Apenas una vaga intuición de que alguien nos pueda estar mirando desde alguna ventana, con desconfianza o temor, como si fuéramos delincuentes, asesinos en serie o bestias salvajes. Apenas un comentario entre nosotros que no alcanza a ser una conversación. Y que olvidamos rápidamente.

Nuestro arquitecto y maestro constructor se aparta unos minutos de nuestro lado y lo encontramos observando embelesado el atrio principal. Al vernos configura su primera sonrisa, que le devolvemos con complicitad. Imaginamos que para él la restauración del templo lo es todo. Su actitud entregada por completo a una obra que en principio no debería competerle, es la de un hombre que no podría sino estar aferrado a una fe profunda y muy personal. Al mismo tiempo, en su manera de mirar aquella pequeña iglesia de madera, adivinamos una sutil ansiedad. Pero sus ojos son difíciles de leer, y si nos miramos entre nosotros mismos para referirnos a él, nuestras miradas tampoco tienen mucho que decir, o todas dicen cosas distintas que no sabemos cómo interpretar.

Apenas alcanzamos a descansar un poco y sacudirnos las ropas. Luego entramos en el templo para verificar que todo siga en orden, tal y como lo dejamos la jornada anterior. Es una tarea de rutina y sin sorpresas, porque las filtraciones ya casi se han reparado del todo, y porque nada más salvo las corrientes de aire podrían ingresar al edificio por la noche. Es evidente que los pobladores del caserío no entran nunca, o de lo contrario ya lo habríamos notado. Su apego por la iglesia parece ser prácticamente nulo. Robar las cosas de su interior tampoco tendría para ellos ningún sentido, si no tienen adónde huir, ni qué más hacer con ellas. Al contrario, en una isla tan estrecha todo está dado para que fuese compartido, aunque esto tampoco parece ser lo que ellos piensan. Aunque quizás sí compartan entre ellos, a pesar de estar encerrados cada uno en su metro cuadrado. A lo mejor por las noches con solo unos minutos les basta, porque no tienen mucho de qué ponerse al día, si casi no salen y poco o nada nuevo pasa en sus vidas. Lo cierto es que con nosotros no comparten su voz, ni su alimento, ni sus espacios, ni su tiempo. Esto ha sido así desde que llegamos, y si bien la curiosidad de algunos no parece haber menguado, todavía no podemos averiguar con certeza cuántos son, y la verdad ya hemos perdido el interés en saberlo. Pero nos dejan hacer, lo que algo dice de ellos. Nos dejan continuar restaurando el templo, aunque no nos hayan pedido hacerlo, aunque nosotros no les hayamos pedido permiso. No parecen

estar en contra ni a favor del proyecto, simplemente esperan o siguen con sus vidas, o lo que suponemos ha sido su vida desde que llegamos.

Nos reunimos todos frente al atrio, hombro con hombro. Su voz es profunda y académica. Con ella nos instruye como un líder nato. Pacientemente nos explica a cada grupo su tarea, esbozada en detalle en los dibujos que sostiene firmemente entre sus manos. Poco a poco, contagiados por su vitalidad, nos vamos animando también, e incluso pese a nuestra ignorancia en materias de restauración, nos aventuramos a proponerle tareas que todavía no se nos han asignado.

Algunos trabajan en el exterior, aceitando los muros para protegerlos de la humedad. Los que no sufrimos de vértigo, subimos por la escalera en espiral y nos encargamos de broncear los aleros y reparar las planchas de zinc de la techumbre, con el fin de evitar filtraciones y goteras. El viento nos chifla al oído y la cruz reza un salmo retorcida a nuestras espaldas. Del interior se preocupan otros tantos, que refuerzan las ventanas y liján el suelo para más tarde comenzar a barnizarlo. El trabajo es dinámico y dedicado. Los del interior, cuando están cansados, se tumban en el ataúd vacío de la sacristía, haciéndose bromas inocentes que nunca tienen que ver con la palabra muerte.

Funcionamos en equipo, con la precisión de una máquina de escribir en manos de un prestidigitador experi-

mentado. Desde las ventanas del caserío deben vernos como la última célula viva que queda de una especie condenada al borde de la extinción. Pero lo cierto es que este trabajo colectivo nos resignifica; al darnos un uso, nos hace conscientes de nuestras propias cualidades para desempeñar cada tarea y validar nuestro propio lugar en el todo. Individuos sin ego y anónimos, porque todos aquí compartimos el mismo karma, que solo difiere en aquello que cada uno ha dejado atrás, en el hueco que esa falta ha dejado en cada uno de nosotros. Porque lo que nos distingue parece ser apenas aquello que ya no somos.

Son las ausencias, la incapacidad del olvido, lo que ronda sigiloso y amenaza con hacerse ver en cada pausa, entre un clavo y otro clavo, entre la exhalación después de pulir una tabla y la inhalación antes de comenzar con la siguiente. Tememos de nuestra incapacidad para olvidarlo todo, y al mismo tiempo tememos al abismo del olvido. Lo cierto es que tememos. Todo va junto, es olvidarlo o recordarlo todo. Sabemos que de la autoría de nuestro trabajo no quedará rastro. Nadie reconocerá nuestros nombres en esta obra, no habrá placa ni memoriales. No cortaremos ninguna cinta, no pronunciaremos ningún discurso. Pero tampoco esperamos reconocimiento. La realidad se disfraza con nuestro trabajo forzado, que en todo caso es más noble que otros trabajos, es cierto, y por esto le damos las gracias con pequeños gestos de cortesía, porque a él le debemos este trabajo, a él que

ahora sube para mostrarnos cómo broncear los aleros más inaccesibles, con su sonrisa breve pero colmada de afecto.

Así pasan las horas y llega el mediodía. A lo largo de la mañana nos hemos quitado las bufandas y desabotonado los cuellos de nuestras camisas. Nos secamos el sudor y vamos a reunirnos todos en el atrio. Almorzamos un plato de legumbres, comemos pan, bebemos agua. Así comienza nuestro único momento de distensión afuera del campamento. Nuestro compañero, que no habla durante toda la comida, pide disculpas y se levanta para ir al riachuelo. Algunos se tienden a descansar sobre las tablas más secas, pero los que hemos estado sentados durante horas preferimos estirar las piernas e ir a caminar también por la ribera, siempre con el favor del viento.

Al llegar lo primero que vemos es su espalda ligeramente encorvada. Decidimos darle un respiro y nos quedamos a unos veinte metros de distancia. Hay piedras. Las hay planas, ovaladas y suaves. Discos de río, grises como los inexpresivos ojos de los peces del abismo, esos que posiblemente habiten en secreto allá donde el riachuelo desemboca, en el vasto espacio exterior. Toda la orilla está atiborrada de ojos dispersos que nos miran y nunca parpadean. De vez en cuando una piedra nos atraviesa con la mirada porque tiene algo que decirnos. Entonces la recogemos y leemos su inscripción tatuada: un corazón, un espiral una estrella un asterisco, una repetición compulsiva de triángulos que rotan

gradualmente para conformar una rosa de pétalos aguzados, un colmillo de cocodrilo, el cuerno de un unicornio, una luna que crece o decrece, un pene, una vulva, un árbol, la rama de un árbol reseco, las raíces de un árbol, una lágrima o una gota de rocío, un barquito en un mar calmo, un barquito en un mar intranquilo, un libro abierto, algunas letras, un signo de interrogación, una boca sacando la lengua.

Nos preguntamos quién las habrá grabado. Por supuesto ninguno de los escasos lugareños que se escabullen como grillos mientras trabajamos, y que asoman sus ojos redondos tras las cortinas gruesas de sus cuchitriles miserables. Intuimos que pueda tratarse de nosotros mismos (¿cuánto tiempo llevamos aquí?), o quizás sean aquellos que seguramente habitan la barraca contigua a la nuestra. No es que lo sepamos, nuestras mayores convicciones son simples conjeturas. La respuesta a esta pregunta, por lo demás, no es importante, o es tan innecesaria como saber cuánto tiempo le llevó a estas piedras llegar aquí: si millones de años o llegaron juntas con nosotros, parece no hacer ninguna diferencia, porque la diferencia recae en nosotros.

Comenzamos a seleccionar algunas y a recolectar vidrios o clavos, para trazar nuestros propios grabados. Luego vamos dejando las piedras allí donde las encontramos, como extensiones amputadas de nosotros mismos. Entonces nuestro compañero nos muestra sonriendo una de sus piedras, y nosotros no podemos hacer otra cosa

que devolverle la sonrisa también, mostrándole nuestros propios garabatos: «S29», «S14», «S35». Signos, identificadores que se nos asignaron con la pretensión de olvidar nuestros propios nombres, para intentar deshumanizarnos, aunque esto resulte en vano, porque hay números que ya no existen, que han desaparecido, que se han extinto, y que no podemos olvidar aunque queramos. Olvidarlo todo o recordarlo todo. Sin hablar, coreamos un suspiro colectivo y nos encogemos de hombros, en silencio, en un gesto que podría significar cualquier cosa, o que para cada uno tiene un significado diferente. Él se va primero, luego lo seguimos. No nos llevamos ninguna piedra, ningún misterio. Nos vamos casi exactamente igual a como llegamos. La pequeña corriente sigue su curso.

Retomamos el trabajo. Nos quedan otras cuatro horas de nuestra jornada vespertina. El descanso no ha sido suficiente y como los músculos se han enfriado, cuesta volver a retomar el mismo ritmo de la mañana. El atardecer posa encima nuestro una sábana blanca, que nos envuelve y nos mece en una somnolencia intranquila. La última hora de trabajo acaba en el más absoluto silencio. Sólo se escucha el viento y el choque de los instrumentos exhaustos. Quizás un corazón temblando. Al fin soltamos las herramientas, que corean un grito seco, caen nuestros brazos como lanas a nuestros costados, y así, hombro con hombro, emprendemos el regreso.

Cada mañana nos dirigimos hasta el templo en una delgada fila india, ordenada y compacta, optimizando recursos, pero cada tarde regresamos siendo un pequeño caos, un nudo ciego de cueros y trapos a merced de la noche. Nos alejamos del templo, ya no como una gran bestia imponente, pese a que ocupamos más espacio, sino como una babosa mimetizada con el fango. Nos alejamos, y mientras lo hacemos, a nuestras espaldas se inicia un concierto con la obertura de puertas que se entreabren, la percusión de pasos apresurados, el tintineo de una cacerola, un silbido de aire vivaz que asciende en espiral y muere en la cruz, el murmullo cómplice de un coro de personajes diminutos, transparentes, casi incorpóreos. Intentamos en vano reconocer alguna palabra, para por lo menos saber si hablamos el mismo idioma. Como contrapunto, en medio de la nada aparece un niño saludando con una mano.

La barraca nos espera impávida, como todos los días. Uno a uno vamos cayendo sobre un tronco, sobre una ruma de cartones tirados en el suelo, sobre un improvisado asiento de ladrillos; en todo caso sobre superficies duras vamos cayendo, alrededor del círculo destinado a la sacra santa fogata, que nos apresuramos a encender, torpemente, malgastando fósforos y las pocas ramas secas que fuimos recolectando desordenadamente durante nuestra marcha desde el templo. Pasan unos pocos minutos de nada y el frío comienza a actuar como una fuerza centrípeta, que

nos obliga a acercarnos, a permanecer unidos, hombro con hombro, en torno a la promesa de una llama. El vapor que exhalamos es una bruma crispada, que se confunde con el humo del fuego en proceso avivado por cartones. Algunos se quitan sus botas embarradas para deshumedecerlas y calentarse los pies, mientras otros se preocupan primero de sus manos. El fuego se estabiliza y trae consigo un silencio más tranquilo, un vacío más gustoso. De cuando en cuando nos miramos a los ojos, nos examinamos sin juicio, nos preguntamos sin palabras si alguno necesita algo, si seguimos siendo los mismos, cuánto hemos cambiado en medio de este incandescente fuego chamánico. La noche va cayendo, la aguanieve de nuestras botas se va evaporando. Lejos de la fogata, los contornos se van escarchando. Alguno de nosotros apunta hacia el muro de la barraca, donde nuestra sombra proyectada da la apariencia inocente de un grupo de niños exploradores. Pero qué estamos explorando, piensa otro en voz alta, y nadie le responde. Hay unos cuantos que ya están dormitando. Hablamos poco y despacio. Hemos aprendido a regular el volumen de nuestras voces para que se confunda con el viento y resulte casi imperceptible para quienes podrían escucharnos a nuestras espaldas, más allá de los tentáculos lumínicos de nuestra fogata, allá en todo ese espacio que deja de existir en la noche porque ya no podemos verlo. Posiblemente durante todas nuestras vidas hemos sido así de salvajes y simples, pero solo ahora lo notamos.

Aquello que la luz no alcanza a tocar, no existe, pensamos. Y no podemos estar tan equivocados, si con toda certeza es muy poco lo que queda allá afuera de nuestro perímetro visual. Al hacer un inventario apenas podríamos recordar un par de objetos, las herramientas que han quedado apoyadas en algún muro que ha desaparecido en las tinieblas. Nadie recuerda el templo, nadie habla del trabajo.

En ese egocentrismo melancólico y pesimista caemos a veces, pero de las sombras nos trae de vuelta una vez más nuestro compañero fiel, que saca sus folios de papel y se pone a dibujar como todas las noches, más o menos justo a tiempo, a la misma hora en que todo lo demás está desapareciendo para nosotros, más o menos siempre a la misma hora, justo a tiempo. Y así en las hojas va surgiendo aquello que habíamos olvidado, cosas que existen más allá de la luz, cosas sobre las que ya no tenemos control, o que ahora tenemos la consciencia de que no las controlamos. Su procedimiento es siempre el mismo. Primero es soltar la mano, dibujar tan solo unos pocos trazos, rectángulos dispuestos aparentemente al azar, como sólidos marcos para dar contención y mayor notoriedad a lo que viene enseguida. Poco después comienza a surgir algo que podría ser una sacristía, nuestras herramientas de trabajo, el lecho del río en el crepúsculo, algunos anagramas que debe haber visto en aquellas piedras planas y circulares. Las hojas van pasando, y de un momento a otro comienza a dibujar a mi

hermano menor, que yace sobre unos cartones apoyado sobre el antebrazo izquierdo, con sus largas piernas extendidas y los pies cruzados apuntando hacia el fuego. Aparece un ojo, sus grandes orejas, una pronunciada nariz.

Le preguntamos si recuerda a quién retrató primero, y entre todos sacamos por conclusión que debe haber sido al abogado, una noche en que estaba sentado sobre aquel cajón de madera, mientras se aflojaba la corbata con la mano izquierda y sostenía un tazón metálico con la derecha. Al abogado le siguió uno de los ingenieros, después el estadista, el agrónomo, el médico, uno de los profesores, el periodista, y así, el resto de nosotros. Retratos a pedido o surgidos espontáneamente, cada día mejores en su trazo. Retratos como fotografías vivas para asirnos a la luz y escapar de las tinieblas. Pero, así como estos dibujos aparecen en la noche, del mismo modo desaparecen a la mañana siguiente. No volvemos a ver nuestros retratos. Las hojas parecen ser como las piedras en el río, están allí solo para brindarnos un instante de ellas mismas, pero debemos entender que nada es nuestro y que incluso nosotros somos prescindibles; que el papel no vence a la piedra, como nos enseñaron en la escuela. Entonces volvemos a olvidar, y quizás es mejor así, porque de este modo volvemos a sorprendernos a la noche siguiente. O quizás no es mejor así, pero es así, y esto es lo más natural, del mismo modo que durante todas nuestras vidas hemos olvidado nuestros errores, los perdones, quiénes

eran nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos, dónde quedó nuestro honor. Como olvidar el horror.

Luego de comer algo (es un decir), entramos todos juntos en la barraca. Encendemos una vela mustia en la viga del centro y dejamos el orinal a mano junto al dintel de la puerta. Perdemos el contacto visual y con ello lo que queda de nuestras certezas. Ya solo nos intuimos, y deberemos volver a reconocernos a la mañana siguiente. ¿Quiénes somos? ¿Seguimos siendo? ¿Somos lo que hacemos, lo que hemos hecho, o lo que se espera de nosotros? Mientras la vela se sacude en espesos lagrimones y parece librar una pequeña batalla campal contra un hilo de viento que se cuela por la ventana, nos invaden pesados acertijos, preguntas que no somos capaces de formular del todo. Nos quedamos rumiando un poco más, pero unos bramidos procedentes de afuera, seguidos de un culatazo de acero contra la puerta, nos ordenan callar. Se inicia así la primera ronda de vigilancia. De nuestra vigilancia. Vigilantes, del latín *vigilantis*, aquellos que hacen guardia en la noche.

Las literas rechinan durante varios minutos, mientras nos acomodamos para mitigar el dolor de los hematomas. Rápidamente se comienzan a escuchar los primeros ronquidos. Algunos tardamos más en dormirnos, aquejados por los calambres, por cruces imaginarias y por los zumbidos de las herramientas todavía martillando nuestras cabezas. Nuestro compañero descansa calmo en su litera, con los ojos abiertos,

que parecen emitir un brillo de obsidianas. Su bigote no se mueve. Parece sereno, o bien estar aguantando la respiración. Vigilia, del latín *vigilare*. El que desde adentro vigila a los de afuera. Alguien apaga la luz con cierta dificultad.

III
LOS CELADORES

Tocan la diana. Gritos. La culata de un máuser se estrella contra la puerta. Gritos. Imposible ignorar el segundo llamado. Ojos abiertos en las tinieblas. Unos segundos para enfocar y reconocer. ¿Anguilas reptando por debajo de las literas? Hormigas en los ojos, dolor muscular, un hombre ya en pie. Humedad. Gritos. Pies descalzos y frío. Vestirse apresuradamente. Un espejo diminuto pasando de mano en mano. El reflejo de rostros huecos. Ahora un chirrido, la puerta abierta, esquirlas de luz, ceguera momentánea, dirección lavabo. Una ducha de agujas cortopunzantes. Hipotermia moderada, pérdida de memoria en el corto plazo, desorientación. Forcejeo innecesario, reunión en el patio central. Gritos. Tiburones recién lustrados que rondan feroces alrededor nuestro, se zambullen en el barro y se vuelven a ensuciar al instante. Tocan la diana. Gritos. Oídos tapados, vista nublada. ¿Estamos todos? Una bandera inmensa que se alza sobre nosotros. ¿Estamos todos? Ellos la saludan, nosotros miramos el barro.

Mascullamos el himno patrio, que sabemos de memoria pero que ya no queremos reproducir. Masticamos este rezo violento que ahora ya nada tiene que ver con nosotros, como quien mastica vidrio triturado, mientras a solo cien metros, todavía dentro de la barraca, nuestras cabezas siguen recostadas en las literas, recién despertando de otras pesadillas, solas en las literas, recién despezándose para venir a reunirse con nosotros. Nuestros pensamientos marchan en cámara lenta. Solos y en cámara lenta. En tanto nuestros cuerpos se mecen en su metro cuadrado, como banderas sin driza, a destiempo con la celeridad de la mañana. Ellos en cambio cantan sus versos con ahínco, bien oxigenados, bien desayunados, bien descansados. Son un puro pulso coordinado y metálico, su voz una gruesa cuerda en tensión. Nosotros, por contraste, solo intentamos mantenernos en pie, como en una cuerda floja a punto de cortarse.

Gorras y escudetes, guantes de cuero, estrellas y franjas bordadas en telas de nailon y algodón, sus pulcros uniformes que irremediamente al caer la noche vuelven a ser un asco, y que al día siguiente son reemplazados por una fotocopia exacta de la anterior. O casi exacta, porque en la fotocopia de una copia también se observa una sutil degradación, una señal más del paso del tiempo. Porque nada es eterno. Porque nada es exacto. Estrellas y franjas bordadas sobre tela, reconocimientos otorgados por sus años de servicio como síntomas, como un síndrome del

envejecimiento. Porque esto es así. Franjas delgadas o su ausencia: oficiales subalternos. Franjas gruesas: oficiales en jefe. Estrella y delgada franja sobre azul marino, subteniente; más otra franja, teniente segundo; más otra franja, teniente primero. Una estrella sobre verde, subteniente; más otra estrella, teniente; más otra estrella, capitán. El más alto rango en ejercicio es el de capitán de corbeta, que ejerce como comandante de base (estrella y tres franjas gruesas sobre azul marino). Pero irónicamente, el más alto rango presente está entre nosotros: el de un oficial superior, excapitán de navío (estrella y no tres, sino cuatro franjas gruesas), equivalente a un coronel en tierra (tres estrellas y franja gruesa sobre verde). Gorras y escudetes, estrellitas y franjas bordadas. Soldados de plomo. La degradación del tiempo, el mundo al revés. Porque nada es eterno. Ni sus rangos ni los nuestros: antiguos dirigentes estudiantiles y sindicales, militantes de las juventudes de nuestros respectivos partidos, participantes clave en campañas electorales, secretarios generales, y muy pronto (quizás demasiado pronto, ahora visto en perspectiva), casi sin darnos cuenta, pero ansiándolo desde siempre: el salto, los grados que se van sucediendo a un ritmo vertiginoso, las alcaldías, las intendencias, los altos cargos públicos, los escaños parlamentarios, los ansiados puestos ministeriales. Franjas en el horizonte, estrellas en el cielo, colores de fondo, lo que descubre el gran telón del Bim Bam Bum.

Un zoológico de vértigo, un verso final de espanto, que se repite tres veces para callar el canto. El silencio nos paraliza. Contenemos la respiración. Silencio, solo canta el viento. Los cuerpos se mecen. Nuestras cabezas recién acaban de posarse sobre nuestros hombros. Se han venido rodando por el hielo, dando tumbos, extraviando recuerdos, barajando olvidos. El silencio se triza, para dar inicio a la asignación de tareas. Nos gritan instrucciones: ese cinco, ese diecisiete, ese catorce y ese ocho, rancheros; ese veinte, ese cuarenta y uno y ese treinta y dos recogerán leña; ese once y ese veintiuno mantendrán el fuego; ustedes cinco drenarán el patio. Ese treinta y uno, prosiga con la reconstrucción del templo. El resto lo sigue. Punto y aparte. Tienen cinco minutos.

Nos ordenan tomar las herramientas, armar una fila india e iniciar la marcha. Más gritos. Paciencia y resignación. Mejor ahora. Pensamos en las tareas asignadas antes de la reconstrucción (de eso hace ya un tiempo indeterminado), mil veces más pedestres, como talar y trasladar troncos de un lugar a otro, para disponerlos verticalmente a ciertos metros de distancia, con la mera finalidad de instalar allí, en algún momento, en medio de la nada, un alambrado público, a vista y paciencia de una ruta poblada de objetos inanimados. Una imagen absurda, la de un sendero al final del mundo, iluminado por focos fantasmales.

Atrás van quedando las casetas de vigilancia, la comandancia, los alambrados de púas camuflados por la

nieve. Hacia la costa, todo el gruñido del océano. Algunos caminan alrededor nuestro, a escasos metros de distancia, siempre armados, como si fuéramos capaces de alzarnos y reducirlos en un cuerpo a cuerpo, a nuestra edad y en nuestras condiciones actuales. Los más altos rangos van en un jeep blindado todoterreno cerrando la fila a nuestras espaldas, produciendo un zumbido acompasado y monótono, que va dejando atrás una gruesa cortina de humo. En ocasiones tocan una bocina escandalosa, una chicharra descompuesta reclamando nuestra atención. Una necesidad de presencia, de hacerse ver, pese a que acá todos somos en cierto modo invisibles. Y quizás también una manera de romper el hielo, de acabar ellos mismos con sus propios espejismos.

Llama la atención su obsesión por la forma, la importancia que dan a que la fila india se mantenga bien alineada y que el andar de nuestros pasos se mantenga fluido y constante. Los suboficiales van controlando regularmente la distancia que llevamos con nuestro compañero de enfrente, como si aquello fuese parte esencial del desempeño de nuestro trabajo. Acaso una sensibilidad especial, que podría entenderse en cierto modo como un gusto estético, un dejo de romanticismo, el deseo de maquillar su tosca realidad con un rubor de epopeya. Diferencias en alto contraste, actitudes que parecen encubrir sensibilidades mutiladas, sofocadas por el grito y enterradas en los precipicios del pasado, tan reales como las huellas de sus gruesos botines

en el barro. En ocasiones los más jóvenes nos toman del antebrazo, como un niño ayudando a un anciano a cruzar la calle, y mirándonos directo a los ojos, casi pidiéndonos por favor, señor, nos dejan bien alineados. Aquellas miradas son curiosas, hay en ellas algo de inocencia, delirios de una adolescencia interrumpida. Jóvenes que a su edad y bajo condiciones normales estarían encerrados en sus alcobas mirando pornografía, huyendo ensimismados de la intemperie, alimentándose de sus grandes inseguridades y de sus pequeños errores, pero que aquí se han olvidado de lo que son y de lo que no son, y en cambio se ahogan todos juntos en un mismo vaso de agua, buscan la perfección donde todo es imperfecto, en una marcha ansiosa y pueril por obtener la validación de sus pares.

Porque todo se trata de eso, de eso que nosotros bien entendemos, porque incluso más que ellos, nosotros también anhelábamos el mundo. Todo se trata o se trataba de eso: del sentirse digno, imprescindible, o como mínimo competente, pertenecer a la tribu, y en ella ascender o como mínimo mantenerse en la vox populi, aferrado al status quo, con uñas y dientes, hasta poder reunir energías para volver a dar otro salto. Hacerse un nombre, aferrarse al asta clavado en el pantano y no titubear nunca, jamás resbalar ni menos caer fuera del círculo trazado con sangre y fuego, porque afuera está el precipicio de la incertidumbre, donde habita el olvido de los que no lo lograron. Jugar a ser como

los dorios en el hielo, entenderse en su propia lengua, como los antiguos tresantes lacedemonios condenados a la atimia, aquellos que podrían haberlo tenido todo, pero que perdieron su oportunidad y que para recuperar el honor, que lo es todo, se juegan la vida, dejan de hacerse preguntas y comienzan a gritar en la confusa lengua de la obediencia. Jóvenes que han aprendido que para sobrevivir y escalar, engañar, robar e incluso matar es un camino posible, porque de lo contrario la tribu puede estar en su derecho de sacrificarnos, de arrojarnos al barranco, al pie del monte. El monte y el caserío, aquel que los pequeños lazarillos uniformados por fin divisan a lo lejos y que se apresuran a señalar con el dedo mirando a sus superiores, esperando su aprobación, como si la visión de estos últimos fuera más estrecha. La cruz torcida se precipita sobre nosotros. Su imperfección se precipita sobre todos nosotros. Y ellos hacen algo muy extraño: se persignan.

Poco antes de llegar el jeep se adelanta y de adentra en el caserío. Los demás llegamos unos minutos después. Una vez en el templo, los que nos siguieron de cerca durante todo el trayecto también guardan distancia de nosotros y se dispersan. Los oficiales se desentienden de nosotros o aparentan desentenderse de nosotros, y nos dejan prepararnos con relativa independencia. Todas sus acciones parecen seguir un estricto protocolo desde el momento que nos despiertan hasta que llegamos al descampado. Pero una vez aquí, los requerimientos del trabajo de restauración generan eventos

no contemplados por sus ordenanzas que dan lugar a la improvisación. A él le hablan aparte y en voz baja, directamente, casi con respeto. Él les responde en los mismos términos, mirándolos a los ojos, también se diría con respeto, pero quizás de otro tipo, con su voz pausada, bien articulada, comprendiendo perfectamente nuestra propia situación y la de ellos. Durante toda la jornada actúa como mediador entre ellos y nosotros. Así, sin gritos de por medio, se inicia una nueva jornada de trabajo.

Trabajamos con dedicación, trabajamos por hacer algo. Lo importante es quemar las horas y anestesiar el tiempo, una ilusión que el hambre y el cansancio van disipando una y otra vez en el transcurso de la mañana. Entre nosotros hubo sibaritas, catadores, buenos cocineros, educados comensales. Muchos no habíamos sentido nunca un hambre como el actual, ahora que sabemos lo que es el hambre, esa sensación de vacío constante y que solo se va en ocasiones cuando un dolor es suplido por otro dolor. Aquello que en el pasado llamábamos hambre (ahora lo sabemos), tan solo eran sensaciones pasajeras de apetito casual; como llegaban, muy pronto se iban sin dejar rastro (como algunos de nosotros, que una mañana se fueron y que no han regresado). Una simple sensación de apetito, satisfecha al instante, a lo más en un par de horas, pospuesta quizás por una reunión importante del partido o del sindicato. Pero el hambre real deja llagas (ahora lo sabemos), produce malestares que jamás

nos habríamos imaginado, cala hondo, consume nuestros depósitos corporales, debilita el cuerpo, provoca náuseas, perfora el estómago, irrita el genio y desorienta la razón.

Las horas marchan lento, y se extienden como un segundo techo arriba nuestro. Pero todo es imperfecto, y ese techo también tiene filtraciones, y por sus agujeros escurren gotas de hambre que caen sobre nuestras espaldas, y desde allí como gotas de sudor van a parar a nuestros estómagos, que nos gruñen con una voz gutural que intentamos acallar a punta de martillazos. Mientras tanto, los subtenientes a cargo se baten con su propia noción del tiempo. Caminan trechos cortos de un lado a otro por el descampado, temblando de frío, alternando su atención entre nosotros, sus superiores y el vacío. Los oficiales sí van rotando a lo largo de la mañana, más abrigados, probablemente mejor comidos, y sólo reaparecen de vez en cuando para repartir instrucciones tan vagas como innecesarias, solo por hacer acto de presencia, como si se tratara de tristes oficinistas haciendo trámites de notaría en notaría, con sus maletines llenos de papeles en blanco, incapaces de disimular el aburrimiento y su ansiedad por desaparecer pronto de aquí, de este lugar donde en realidad no pasa nada, donde el tiempo está distorsionado y se va petrificando al punto de casi poder tocarlo con los dedos; aquí donde lo único que pueden hacer es caminar de un lado a otro mientras nosotros trabajamos. Por eso los oficiales se adentran una y otra vez al caserío, y el eco de sus palabras

de mando llega cada vez más inentendible desde lejos. Los oficiales se van, los subtenientes y cadetes rasos se quedan, congelados en el tiempo y en el espacio.

Desde lo alto de la iglesia tenemos una perspectiva privilegiada de sus dinámicas. Sus estructuras verticales dibujan un grueso lienzo sobre el barro. Desde aquí podemos ver su disposición física en torno al templo, como imanes que se atraen y se repelen. Podemos ver su aburrimiento, sus cambios de humor, su capacidad de obediencia, sus frágiles convicciones. Desde lo alto, junto a una cruz torcida azotada por el viento, los vemos moverse con sus gorras, con sus escudetes, sus estrellas y estandartes, flameando sus banderas, vociferando su propio idioma de oficinistas, con la fe ciega de un fanático que obedece sin cuestionamientos a su líder terrenal. Y entonces vemos cómo el adolescente que nos tomaba suavemente del brazo y nos miraba a los ojos de frente, envejece. Y que lo hace a medida que el sol se levanta y su sombra desaparece. Pero podemos ver también, al mismo tiempo, la degradación de la autoridad, la erosión del respeto, el aumento progresivo de la indisciplina a medida que el superior se aleja físicamente de su subalterno dándole la espalda, cuando éste se queda allí completamente solo, iluminado por el fulgor inicial de una orden que rápidamente el hielo va apagando, que el viento se va llevando y que de tan firme y clara, se torna ambigua y vacilante, hasta ser reemplazada por un nuevo grito, una nueva orden, para así comenzar todo de nuevo.

Aprendemos de todo esto. Intentamos aprovechar esos momentos de indisciplina, cuando los suboficiales son más permisivos y los superiores están lejos. En verdad lo intentamos, y cuando lo logramos, con el sol en alto, se nos concede a veces un pan de más, un minuto más de descanso o simplemente el permiso para poder hablar más holgadamente entre nosotros.

Llega la hora del almuerzo. Ellos, por supuesto, nunca comen con nosotros. No sabemos lo que comen, no sabemos lo que no comen, pero no hay espacio para otras dudas, porque mientras comemos lo que nos dan, todo nuestro esfuerzo se concentra en conseguir el permiso del suboficial de turno para poder ir a reposar a la orilla del arroyuelo. Así, con el favor concedido, nos alejamos de la iglesia, bajo el cuidado de un par de cadetes que nos siguen desde lejos, apenas unos muchachos de la edad de algunos de nuestros hijos. Caminamos en silencio y los miramos de reojo, ansiando para nuestros adentros que no cambien de opinión y nos lleven de regreso. Nos miran con curiosidad y casi no hablan tampoco entre ellos. Es como si se comunicaran telepáticamente, como si estuvieran intentando recordar algún inciso de su reglamento donde se les explique cómo comportarse en estas situaciones. Algunos parecen incómodos en su rol de vigilantes, por tener que ejercer una especie de paternidad para la que a todas luces no están todavía preparados. En sus ojos brillan unos barrotes y del otro lado de

esos barrotes hay un niño pidiendo auxilio. Cuántas prisiones seremos capaces de erigir como especie, cuántas habremos construido nosotros y cuántas simplemente descubierto.

Nos hacemos a la tarea de las piedras. Recogemos algunas de ellas y buscamos alambres o vidrios para grabarlas. Algunos sacan de sus bolsillos clavos extraídos de nuestro trabajo. Tallamos en silencio, nos mostramos los resultados y sonreímos como chiquillos. Ellos nos observan, también en silencio, se miran entre ellos y a veces se susurran frases entrecortadas que no alcanzan a escucharse. Entonces uno de ellos se acerca con una piedra en la mano y le pide a uno de nosotros, casi sin palabras pero cortésmente, que talle una figura para su hermanita. Cómo no, esto da lugar a un breve interrogatorio sobre su edad, que cómo se llama, qué le gusta, qué querría ser cuando grande. Un intercambio de palabras que aprovechamos y que sutilmente da pie a que les hablemos también de nuestros propios hijos y hermanos, de lo que hacen o hacían, para que ya de plano les preguntamos si volveremos a verles (sus rostros se comienzan a endurecer, pero seguimos), que si saben algo de los de la otra barraca, de dónde vinieron, si estaban aquí antes que nosotros, que por qué nunca les vemos, que si saben si estarán ahora en el campamento o en algún otro lugar de la isla (sus ojos se empequeñecen y sus dientes rechinan, pero seguimos, nos arriesgamos), que cuándo se construyó el campamento, que por qué parece al mismo tiempo tan nuevo y anticuado.

Pero sus manos ya les tiemblan, nos quedamos con estas y muchas más preguntas atascadas en la garganta y no sabemos cuál de todas ellas desata la tormenta. El caso es que el cielo se fractura, el tiempo se trastoca, los jóvenes de súbito se transforman en abismos, crecen, se hacen adultos, envejecen y mueren, luego vuelven a nacer como un otro, se hacen adultos, mueren, nacen y mueren, y en cada nueva reencarnación vemos una nueva máscara que ocupa el lugar donde antes estuvo su rostro primigenio, y de las bocas de estas máscaras emergen gritos desaforados, y apenas en cosa de segundos se escuchan carreras que vienen desde el caserío, desde donde resuena el motor de un jeep en marcha, suena un pitazo, un discurso apresurado de frases superpuestas que acaba con un silencio profundo que se va a negro y es la antesala de lo inhumano, de una acción indecible:

Pero quién sabe si alguna piedra llegue a su destino. Por lo pronto quedan allí, esperando un viaje, que se las lleve la corriente o algún cabo inocente y rejuvenecido. Se miran entre ellos, nos miran a nosotros, van a decir algo pero callan, su respiración todavía está agitada, hacen un ademán de agacharse pero se quedan ahí, rígidos y expuestos, solos, pero ya sin tanto frío.

Apenas regresamos a la iglesia, nuestros compañeros que se quedaron se apresuran a recogerlos, los suboficiales vuelven a rotar, los anteriores se alejan rápidamente sin mirar atrás y son reemplazados por otros jóvenes más descansados y con rostros más severos, azuzados por la reciente cercanía con sus superiores directos. Sus rostros están más llenos, han vuelto sus colores de la mañana, se notan más resueltos. Uno de ellos emite un grito de mando, un sonido seco, redundante, absolutamente innecesario. Retomamos nuestras posiciones, exactamente donde las dejamos antes del almuerzo. El viento vuelve a enredarse a nuestros contornos.

Así continuamos nuestro trabajo por las cuatro horas siguientes hasta que comienza a atardecer. Mientras recogemos las herramientas y dejamos todo ordenado en el interior de la sacristía, ellos comienzan a preparar el regreso. Reaparecen los oficiales desde los abismos, para nosotros desconocidos, del caserío. Llegan con su vehículo otra vez impecable, mojan los vidrios con agua fría, lo cargan con un

bidón de combustible y aguardan con el motor encendido. Luego a grandes zancadas se adentran otra vez en el caserío, exactamente por el mismo camino desde donde llegaron con el jeep, pero esta vez lo hacen a pie. Redundante. Totalmente innecesario. Se oyen conversaciones ininteligibles. Se escuchan portazos. Gritos. Se ve a uno de ellos cruzar un umbral para dirigirse a otra vivienda, como un cartero del inframundo que porta una carta con malas nuevas que nadie quiere recibir. Nadie se asoma por las puertas, nadie más sale de las casas, solo se ve un zigzag de uniformados que desaparecen y reaparecen entre las puertas de madera, como si pudieran atravesarlas o tuvieran llaves de todas ellas. Luego de un tiempo indeterminado en que algunos dormitamos apoyados en las escaleras del templo, los oficiales regresan al vehículo que todo el tiempo ha estado quemando aceite bajo una gruesa cortina de humo. Los gestos de los oficiales son inexpresivos e ilegibles, pero la celeridad de los suboficiales y sus sonrisas no pueden ocultar el placer que significa para ellos regresar al campamento, a sus estufas de leña y a su cena caliente. Emprendemos el regreso con varios de ellos arriba del vehículo, esta vez delante de nosotros. A nuestras espaldas nos sigue de cerca un grupo más reducido de uniformados. Algunos miramos hacia atrás, y detrás de los uniformes, a lo lejos, alcanzamos a percibir a un niño en medio del camino, que nos saluda con una mano. Instintivamente algunos hacemos el ademán de levantar la

mano para responderle, pero gritos. Volver la mirada hacia adelante, mirar el camino de frente. Unos pocos volvemos a voltear hacia atrás, pero ya no hay nadie. Todo ocurre tan rápido que su saludo nos parece un espejismo.

Cruzamos por fin los alambres de púas, atravesamos el patio central y llegamos a la entrada de la barraca, donde vamos cayendo exhaustos, uno a uno junto a la fogata. La mayoría de ellos se va directo a sus dependencias, todavía visibles por el cielo rojo del atardecer. Las luces transforman la escena, los chasquidos del fuego se confunden con el sonido de un cabo jugando con su fusil, sentado sobre una silla metálica a varios metros de distancia. Mientras cenamos, observamos cómo la noche va cayendo y los contornos se van desdibujando. Un par de militares de bajo rango, seguro también exhaustos, se deben quedar vigilando en las tinieblas, cubiertos por frazadas o ponchos. Quizás algunos duermen, allí sentados, o algunos se levanten y caminen rodeando la fogata desde lejos. Esto no lo sabemos, ni tampoco sabemos cuáles son sus órdenes exactas ni por qué no se acercan a nosotros. Y por no saberlo comenzamos a olvidarlos, el campamento se estrecha, se reduce a una esfera de escasos metros de diámetro que nos contiene solo a nosotros.

Un instinto salvaje reposa en cada uno. En la soledad y el hermetismo, dependemos de los elementos. El fuego dicta lo que podemos ver, no más allá de nuestros propios cuerpos y uno de los costados de nuestra barraca. El viento

dicta lo que podemos oír, no más allá de nuestros susurros, a lo sumo una rama que quizás ha crujido a unos cuantos metros más allá de nuestro perímetro, pero tampoco podemos estar seguros de eso. Sin estar seguros de nada, sin poder aplicar nada de lo que fuimos, cuerpos desnudos de toda finalidad, sin presente y con un pasado abstracto, nos vamos a encerrar obedientes a un cuarto donde el fuego de la fogata es sustituido por la escuálida luz de una vela, que acaba por excluirnos de nuestra propia esfera de confort, que desaparece los contornos de nuestros rostros amigos. Quedamos a la deriva, al margen de todo lo demás que ya hemos olvidado. Un culatazo en la puerta nos avisa que por hoy ya todo ha llegado a su fin. Solo nos queda apagar esa única luz que queda en el mundo, tan débil que aquí no podría protegernos de nada, pero que al menos son los restos de otro fuego para nosotros tan grande como un sol. Nos vigilan en dos turnos toda la noche. Las rondas son esporádicas, porque ni con sus chaquetones equipados para el invierno podrían aguantar allí afuera hasta el amanecer. Son sólo rondas de rutina, vigiliias vanas, porque allá afuera, en la oscuridad total, llueve sin tregua, y sería un suicidio salir a enfrentarse a los remolinos que se baten en todas direcciones.

IV
SIGO MISMO

Creer que por fin has despertado. Mover tu mano bajo la sábana y no encontrarte con sus dedos, fracasar también en eso. De golpe, saberte otra vez en el mismo sueño. Abrir los ojos. Reconocer las vigas, el hilo de luz en la pequeña claraboya, la humedad del colchón desnudo. Volver en el tiempo. Aguantar la respiración, incorporarse con cuidado, dejar a mi compañero de abajo dormir un minuto más. Repetir la rutina de ayer. Los botones del montgomery, la hebilla del cinturón, los seguros de las botas, el gorro de lana, la bufanda, los guantes roñosos. En cada acción observar el movimiento de las cosas y cómo cada cosa al moverse deja una estela invisible, una presencia casi imperceptible que al día siguiente no alcanza a disiparse del todo, al contrario, la repetición diaria de los movimientos la va condensando, como las masas de aire que se van reuniendo en el cielo antes de iniciar una tormenta. Notar cómo así la rutina se va cristalizando en el tiempo y el espacio. Como en otro tiempo, lejos, cuando cada mañana debía

cruzar la línea del tren para ir al trabajo. Recordar cómo, con el pasar de los meses, comencé a sentir una densidad en el aire que ralentizaba mis movimientos, primero solo una resistencia, más tarde una sensación de parálisis, la gruesa estela de todos los trenes que por allí alguna vez habían transitado. Hasta que un día el aire alrededor del cruce ferroviario se volvió tan espeso como el agua, y yo, intentando atravesarlo, moviéndome con lentitud y dificultad en medio de los rieles, sentí que me ahogaba, a merced del próximo carro que llegaría. Las cosas ya se estaban complicando. Volver por caminos viejos, como el tango. Ir hacia la viga de las velas, tomar el peine y el espejo. Verme en un reflejo y no reconocer lo que veo. Mis primeras arrugas que jamás pensé en cómo ni cuándo llegarían. Sentirme prisionero del tiempo. Haber perdido mi reloj hace un tiempo indeterminado, que no logro recordar con exactitud pero que fue anterior a mi llegada a la isla. Aun así, todavía querer saber la hora a cada instante. Calcular cuánto llevo aquí. Saberlo, pero no querer decirlo. Pensar en otras formas de medir el tiempo: variaciones de temperatura, alteración del peso y masa muscular, deformación de la voz, dilatación de las pupilas, aumento de canas, los cambios sutiles en la manera de saludar. Continuar caminando en silencio por la barraca mientras los demás se van incorporando. Recordar mi último sueño. La casa de mi infancia. La puerta abierta como se estilaba en aquellos años. El interior extrañamente

vacío, algo desvencijado. Pero en realidad no era la misma casa. Esta era enorme. Así que me quedaba afuera de la puerta, y miraba hacia donde debía haber una pequeña ruma de piedras abandonadas tras una ampliación del segundo piso, apenas dos metros cuadrados de escombros que cuando niño me parecía una montaña de rocas enormes, que solíamos escalar con mis amigos bajo un sol esplendoroso de verano. Pero en lugar de piedras había una alfombra blanca, un cuadrado perfecto, seguramente suave al tacto, aunque no alcanzaba a averiguarlo, porque desperté antes de poder tocarla. Continuar con la rutina. Contar cosas: las vigas, las literas, los compañeros. Contar con algo. Pensar en formas de medir las distancias. Reaprender a caminar. Controlar mis pasos, fijarlos en un metro, la misma longitud de mi hombro derecho a la punta de mis dedos. [Caminando desde la primera esquina hacia el costado] Uno, dos, dos y medio. [Medio giro izquierda, caminando] Tres, cuatro, cinco, seis. [Medio giro izquierda] Siete y medio. [Medio giro derecha, hacia habitación siguiente] Uno, dos. [Medio giro derecha] Tres, cuatro, cinco, seis, siete. [Medio giro derecha] Uno, dos, tres, cuatro, cinco. [Medio giro izquierda] Seis, siete, ocho, nueve... Eso es. Recorrer el angosto pasillo que da a nuestra única entrada de la barraca, treinta y dos metros cuadrados protegidos por láminas de asbesto cemento forradas con plancha aislante, siete metros de largo, que acaban en un separador independiente que da a otra

habitación más pequeña con su entrada aparte, de dos metros de largo por cinco de ancho. Corroborar estos números con los obtenidos los días anteriores, no dejar escapar ninguna cifra, volver a contar mis pasos, verificar si la humedad o el calor humano no han deformado las dimensiones de la barraca. Forzar la puerta y cerrar los ojos como acto instintivo, apartar la mirada de la intensa luz exterior. Tomar el tarro parafinero, observar cómo la orina ha ido disminuyendo (formas de medir el tiempo). Caminar hacia el baño siguiendo la misma ruta, engrosando la estela de mi ruta dejada por los días anteriores. El número de pasos concuerda. Sacar las manos de mis bolsillos, empuñadas con fuerza, colgar el montgomery en una percha, encender la ducha, abrir los puños todavía apretados y ahora sí, mojar algunos trozos de papel rasgados. Dejarlos deshacerse con la presión del agua hasta convertirse en una pulpa gelatinosa. Solo entonces engullir esa sustancia viscosa, sin dejar ningún rastro. Otro pequeño éxito. Mis secretos. Después lo menos importante, mojar mis axilas y genitales, justificar la demora, resistir el frío, salir y abrigarme rápidamente. Oír un grito seco, caminar hasta el patio central y comenzar a recitar palabras de memoria, poniendo atención a lo importante: que los bolsillos no estén agujereados, que dentro de ellos los papeles se mantengan secos, que el lápiz tenga punta. Sentir lo necesario: el calor de mis compañeros, hombro con hombro, las voces de estos otrora altos funcionarios. Una

sensación de intimidad y confianza, de frágil armonía, tus compañeros que te han confiado una alternativa de escape, una forma de combatir la rutina, de reemplazar actividades inútiles por otra más digna. Cierta orgullo por haber logrado convencer al comandante, apelando a su fe, a su posibilidad de renombre, a la aprobación de sus superiores, a un montón de razones huecas. Cuidar mi lápiz, cuidar mis herramientas, los folios de papel que me entregan semanalmente ya enumerados. Tan difícil justificar su ausencia: un borrador inservible, un error de cálculo, el barro en el camino, cualquier excusa para justificar la ausencia de algún folio. Volver mi atención al himno marcial, el himno patrio. Prestar atención a ese verso que siempre se escucha más alto. Observar mi entorno. Oír la voz áspera del teniente, los murmullos de mis compañeros, sentir el roce de nuestros hombros. Verificar que estamos todos, que nos hemos vuelto a formar en las mismas ubicaciones de ayer, pese a que esto no sea una orden y a que el suelo no esté demarcado. Poner atención en aquellos puntos de referencia que inconscientemente nos lleva a ubicarnos siempre en el mismo lugar. La proyección de una sombra, una distancia estratégica, prudentemente alejada del comandante y de los máuseres. Notar que ellos también conservan sus posiciones, que los que cantan más alto son siempre los mismos. Observar la bandera flameando en lo alto, cómo el viento mueve ese trapo de colores a su antojo, la incertidumbre del viento, la

única improvisación válida, el único verso libre. Girar noventa grados a la izquierda para comenzar a alejarse del campamento. Contar los pasos: el paso cero, justo al atravesar el alambrado, y el último paso justo frente al atrio. Caminar en silencio, siempre cuidando mantener la misma distancia de un metro entre un paso y otro paso. Resulta difícil caminar así con los remolinos del viento, adaptándome al ritmo variable de mis compañeros y a las aceleraciones abruptas del vehículo que nos arrea a nuestras espaldas. Volver a experimentar lo mismo que sentía en la línea del tren por aquel entonces (cuando ya todo se estaba complicando), una densidad en aumento, una presión que resienten los muslos, hombros y cabeza. Medir las dimensiones exactas de un espacio interior no significa ningún reto. Medir el espacio exterior, en cambio, es una utopía. Cada día llego al templo con un número distinto. Pero las cifras al menos se parecen, el margen no suele ser de más de unos cien metros. Con el pasar de los días espero poder acumular más datos, para así optar por una moda que me proporcione un número aproximado. Demasiadas condiciones, demasiados puntos de referencia. Si caminamos hacia el norte o hacia el sur no me interesa, eso no es lo importante. Silencio, seguir contando. Perder la certeza de si estoy midiendo el tiempo o el espacio, luchar continuamente para no perder de vista mi propósito. Estar seguro al menos en que mi interés no es la restauración del templo, que aquello es

apenas una excusa para mantenerse a salvo. Un trabajo sencillo para el que cuento con un buen grupo de compañeros motivados, una tarea que parece compleja pero que no lo es, sino al contrario, su mayor dificultad reside en hacerle creer a todos que se está avanzando eficientemente, cuando lo importante es dilatar los avances lo más posible, sin que ellos lo noten, para no tener que volver a talar troncos y plantar cercos, una tarea mucho más desgastadora, que más me aleja de mi propósito. Eso es. El trabajo de verdad me espera en la barraca, junto a las literas, a las maderas compactas, a las letrinas, en el patio exterior del campamento que me pregunto qué apariencia tenga a esta hora del día, cuando la luz saliente lo abraza del otro lado y va desplazando sus sombras a lo largo de la tarde. Que posiblemente en este momento esté lleno por otro grupo de figuras formadas en torno a la bandera, y a unos metros, una barraca que no es la nuestra, esté vacía y con la puerta abierta. Pero estoy aquí, y he perdido la cuenta. Reajustar una cifra aproximada, nunca en un número cerrado para no sentirme estafado conmigo mismo. Nunca un múltiplo de diez, quizás un número primo. Volver a concentrarse, continuar varios minutos manteniendo una cuenta precisa. Dedicar todo mi esfuerzo en recolectar cifras, aunque eso signifique despojar mi mente de otros recuerdos más placenteros, más humanos, a los que de seguro mis compañeros se aferran para no perderse en la locura. Dejar ir mis recuerdos, traicionarlos, no

darles chance de que vuelvan a mí, para no perder el rumbo. Olvidar mi primer número de teléfono. Olvidar las calles de mi infancia. La distribución de los muebles en la casa de mis padres. Dónde nos dimos el primer beso. El nombre completo de mi primer amigo. El gusto exacto de las aceitunas. El olor de mis hijos. Abandonarlo todo, solo para seguir contando, porque ya solo contamos con nosotros mismos. Eso es. Continuar caminando en silencio, el viento azotándome la cara, comparar la cuenta conseguida hasta ahora con las cifras alcanzadas en días anteriores, al llegar a ese arbusto calcinado. Olvidar los nombres de las plantas, de los minerales, de las ciudades, de los animales extintos, solo recordar lo fundamental, el uso de las herramientas, los nombres de mis compañeros, la nomenclatura arquitectónica de los templos. Eso es. Llegar por fin al caserío, quedarse frente a la iglesia masticando la nueva cifra alcanzada, atesorarla como si fuera mi propio año de nacimiento. Volver al ahora, preocuparse de lo inmediato, preparar el reporte diario para el comandante y los tenientes, describirles los estados de avance, los logros obtenidos, los progresos que se continuarán llevando a cabo. Al menos una vez por semana añadir nuevas tareas, mencionar partes de la iglesia que todavía no se hayan tocado, hacerles creer que se está avanzando a buen ritmo, que la restauración progresa a pasos agigantados y que estamos haciendo todo lo posible. Si me piden fechas precisas, sólo entonces recurrir a

las condiciones precarias en que nos encontramos, ustedes saben, pueden verlo con sus ojos, la falta de materiales, la imposibilidad de dar una cifra exacta, intentaremos acabar el techo esta semana, y aprovecharse de que estamos hablando razonablemente y no me gritan, de que puedo mirarlos a los ojos sin que se sientan agredidos, que mis compañeros están muy cansados, que sus energías decaen, aunque estas quejas dichas al vuelo no vayan a cambiar nada, pero al menos poder decirlo, y quién sabe si al almuerzo un pan de más, doble ración de arroz, otro pequeño éxito. Esperar su visto bueno, que no responde a las razones sino a qué tan convincente me haya desenvuelto en el reporte, porque hay cosas que no cambian, recuerdos fugaces de cuando debía defender un proyecto inmobiliario con privados, postular a un concurso público, incluso antes de las vías del tren y sus estelas, antes que todo se complicara tanto. Recibir su aprobación, alejarme lentamente e ir a encontrarme con mis compañeros, sonreírles, qué importante es sonreírles, y proceder a la asignación de tareas, la segunda luego de la realizada por el sargento en el interior del campamento. Observar la atención que ponen a mis instrucciones, la rapidez con que aprenden el lenguaje técnico, la creciente sofisticación de sus preguntas. Pensar en su completa dedicación por una tarea tan ajena a sus oficios, una actividad por la que nunca antes habían mostrado ningún interés. Intentar contagiarme de su entusiasmo, fingir también estar

comprometido con la restauración y no sentirme culpable por no estarlo. Sacar una de mis hojas para explicar la utilidad y disposición requerida de los puntales. Aprovechar al máximo su superficie, escribir en ella lo menos posible, ser fiel a la tasa de consumo diario que me he fijado, de a lo sumo una página en blanco por cada jornada de trabajo. Acabar con las instrucciones y quedarme observando cómo los grupos se dispersan. Durante el resto de la mañana recorrer numerosas veces los distintos rincones del templo, atender dudas, colaborar con las tareas más complejas o riesgosas. De cuando en cuando recibir a un uniformado que se me acerca con preguntas e intereses diversos. Observar la ingenuidad y curiosidad de los más jóvenes, para quienes todo es nuevo. Tener la certeza de que algunos de ellos, si no fuera por sus superiores, ya estarían arriba de los tejados, sudando y martillando, en lugar de aquí abajo congelándose de frío. Por contraste, en los rostros de los altos mandos intuyo sensaciones diversas, el hastío, el anhelo de reconocimiento, la premura porque acabemos pronto, la irracional impotencia de no ser capaces de controlar el tiempo. Mirar la estructura con detención, hacer el ejercicio de verla como aquello para lo que fue construida. Recorrer sus esquinas, acariciar sus muros, caminar hasta la sacristía donde yace el rústico féretro abierto de par en par, sin sepultura, solo con el oscuro vacío de su interior. Poner atención a mi respiración, esperar una pulsación agitada, pero

en lugar de eso no sentir nada. Todo en orden. Preguntarme si cambiaría algo el hecho que el ataúd estuviese cerrado: lleno. Esa necesidad ufana de conservar nuestros restos, de disponer nuestros cuerpos en lugares extraños que jamás conocimos, junto a otros cadáveres si se puede todavía más anónimos. Esa necesidad de tener un lugar para llorarnos y de sentirnos desdichados si no conseguimos llorar. Una necesidad absurda, si pensamos que antes o después ese lugar dejaremos de frecuentarlo, comenzaremos a olvidarlo y entonces la sepultura se convierte en apenas el recuerdo de un recuerdo. Y luego nosotros también desaparecemos, y ya no queda nadie para recordar dónde estaban las sepulturas de nuestros muertos. Y mientras tanto, los cementerios se continúan superpoblando de personajes anónimos, de nombres que ahora sí, bien podrían sustituirse por simples identificadores: S31, S29, S23. Y en realidad, qué importancia tendría si todos ellos se nombraran igual. Miro este ataúd con desconfianza y pienso en una traba más para el olvido. Me pregunto qué es lo primero que olvidamos de alguien y qué es lo último a lo que nos aferramos. Una imagen desoladora: un ataúd olvidado. Apenas el rastro de una persona que alguna vez quiso aferrarse con pasión al recuerdo de un ser querido. Pienso en mis propios muertos, me permito recordar a algunos de ellos, de otros ya he olvidado todo salvo sus nombres o algún detalle inverosímil, una cojera, una cabellera gris que no alcanzó a encanecer

del todo. Intuir que posiblemente algunos que todavía estaban ya no estén. Carecer de datos, no conocer ningún paradero salvo más o menos el mío, no saber quién sigue vivo. Dejar ir esas ideas, no pensar en ellas. En vez de eso acercarme al ataúd, quitarme los guantes y sentir la madera astillada con mis dedos. Sentir la dureza de la figura, su simpleza, pensar en que debe ser la primera vez que toco un ataúd por dentro. No pensar tanto, dejar ir, sentarme en el suelo y reparar en su geometría, su simetría hexagonal, su base un poco más ancha y los huecos para los encajes de la tapa. Extender los dedos de mi mano derecha, maximizar la distancia entre el meñique y el pulgar. Sin saber por qué, ponerme a contar los palmos de su perímetro, su largo y su ancho, su profundidad. Calcular todas sus dimensiones y darme el lujo de registrar estas cifras en uno de mis folios. Escuchar a lo lejos que el grupo de los aleros me está llamando, pero hacer oídos sordos. Dibujar la estructura, calcular su área, su volumen, hacerme de su figura. Ya con toda esta información, corroborar que no cabría dentro de él, yo que tengo una estatura media para un hombre. Alguien me golpea la ventana, la proyección de la luz que entra a través de ella me dice que ya debe ser mediodía. Los minutos siguientes pasan rápido, como solíamos vaciar una botella de vino, ¿te acuerdas? le susurro a la sombra diminuta que se arrastra bajo mis pies. Comer en silencio. Retirarme un poco antes, con el permiso de los oficiales, para dirigirme

al riachuelo. A mis espaldas, desde lejos, sentir un máuser que me sigue. Una vez allí, encontrarme de nuevo con ese mar de piedrecillas tatuadas. Pensar en la memoria de los objetos, en su capacidad intrínseca para atesorar recuerdos. Algo hace eco dentro mío, la posibilidad de estarme contradiciendo. Pero no, los recuerdos se olvidan u olvidamos dónde los dejamos. Rayamos piedras como metemos muertos en los ataúdes. Pienso en las maneras de atesorar un recuerdo y en qué valor tiene un tesoro que no se comparte. ¿Qué valor tiene la revelación de un misterio si no se comparte? ¿Qué valor damos a una mentira o a una verdad si no se comparte? De algún modo, estas piedras también las estamos compartiendo, dejándolas a la deriva, algunos manteniendo la esperanza de que alguien las reciba más adelante, otros sencillamente para colaborar con la entropía y el caos. Cuántos mensajes, cuánto anhelo codificado que se queda allí inmóvil, pese al curso de la corriente. Intento imaginar qué tallaría en una piedra si por algún motivo me aseguraran que esta podría salir intacta de la isla y llegar a buenas manos. Me es imposible saber si llegado el momento, la pasión no traicionaría a mi razón. Porque la posibilidad de desahogo y consuelo resulta francamente atractiva, pero intrascendente en el tiempo. Mi ataraxia es pensar en otra cosa, mi jardín está en la barraca, mi camino hacia El Pireo. Mirar de reojo a mis compañeros, notar en sus miradas un dejo de preocupación por mi propio rostro, que siento ten-

so y con los dientes apretados. Aflojar la mandíbula, quitarme los guantes y lavar mis manos. Sentir cómo el frío me hace volver de mis pesadillas. Dominar el paisaje, mirar las piedras que se pierden a la vista reflejadas por un rayo de luz intensa, una imagen que se me antoja como una gran alfombra blanca extendida a mis pies, como un sueño. Observar el movimiento, el agua, la luz el viento. Esconder mis manos en los bolsillos, verificar que todo sigue en orden, los folios de papel, la punta del lápiz. Sospechar que ya debe estarse acabando el tiempo de descanso. Pensar en marcharme, pero antes, por simple placer, recoger un clavo especialmente afilado y elegir una piedra virgen, particularmente plana, oscura y suave al tacto. Entonces grabo en una de sus caras mi trayecto matutino por el interior del campamento, dentro de la barraca, de la barraca al baño, de allí al patio exterior, y de eso hasta los alambrados; en la otra cara firmo: «S31», el código que me han asignado con la esperanza absurda de que mis compañeros olviden cómo me llamo. Pienso que esa no es la manera, que la estrategia está mal planteada y que no lleva a ninguna parte, que necesitaríamos más tiempo y más distancia para olvidarnos de nosotros mismos, que nos vemos y recordamos sin tregua a cada momento. Escuchar una vocecilla sin personalidad a lo lejos. Mostrar la piedra grabada a mis compañeros y sonreírles (qué importante es sonreírles). El joven con el máuser se impacienta. Sus superiores lo deben estar apurando. Dejar

caer la piedra en medio del arroyo. Regresar al caserío y retomar el plan de trabajo estimado para la jornada vespertina. Saber ya de antemano que en las tardes la temperatura comienza a descender progresivamente y con ello el cansancio va en aumento, lo que significa un avance más lento. Por eso nunca asigno nuevas tareas para después del mediodía, y así la tarde transcurre como una prolongación dilatada de las tareas ya en curso comenzadas en la mañana. El viento ubicuo, sus remolinos de plata, por momentos la única verdad absoluta, la excusa perfecta para cruzarme de brazos y por unos minutos no decir nada, el placer de simplemente mirar el templo desde la distancia, de espaldas a los vidrios empañados del caserío, desde donde alcanzo a percibir un tibio olor a pan recién hecho, del que no comeré. Observar cómo a pocos metros de distancia, algunos oficiales también se cruzan y se frotan los brazos, cómo una nube de vapor se desprende de sus bocas y sus narices. Imagino una imagen congelada como un cuadro, un grupo de energúmenos con camisas de fuerza recorriendo con la mirada los contornos de la obra gruesa. Escucho de lejos un gruñido amplificado por el viento, el sonido del motor del jeep blindado, que actúa como bocina de fin de turno. Esperar a que lleguen todos, observar sus movimientos exhaustos, sus rostros de lodo y sudor escarchado. Querer sonreírles, pero tener los músculos de la cara demasiado destemplados. A la orden del comandante, que aparece de pronto desde algún lugar del

caserío, comenzar el camino de regreso. A medida que nos alejamos del poblado, tener la extraña sensación de que salimos de una enorme caverna donde descansan animales feroces, depredadores de milodones que llevan años en hibernación. Oírlos despertar a nuestras espaldas, los bostezos de ollas e implementos de hojalata, las grandes zancadas, los portazos y el rechinar por fricciones de huesos y madera. Pensar en las variedades infinitas de calabozos: las mazmorras convencionales y sus incontables variaciones; los ergástulos romanos; los laberintos y los desiertos borgianos; las prisiones de la mente; el panóptico total del siglo XVIII, que jamás existió; las misteriosas islas del siglo XIX, donde exiliaban a los locos, delincuentes y enfermos terminales, quienes debían iniciar nuevas sociedades secretas para sobrevivir, caóticas y asombrosas, presididas por líderes espontáneos, anárquicos o dictatoriales, pero siempre marginales; los campos de concentración. Por otra parte, las clases de prisioneros son más bien pocas: los culpables, los inocentes, los conscientes, los inconscientes. Los habitantes del caserío, nuestros celadores y nosotros mismos. Los unos y los otros. Parpadeo, la noche se aproxima. Notar que en todo el camino de regreso no conté ninguno de mis pasos. Avistar por fin el campamento, maquillado con una luz tenue amarillenta, amplificada por la neblina del atardecer. Pedirles un último esfuerzo a mis piernas para cruzar por fin el cerco. Caminar directo hacia los leños que rodean la zona del fuego. Ver algunas

bocas moverse, solo sentir un pitido en el oído. Intentar estirar las piernas, que se recogen por los calambres. Intentar encender un fósforo, pero tener las manos completamente entumecidas debajo de los guantes. Sentir que el tiempo se vuelve intermitente, que a momentos se detiene. Parpadeos en cámara lenta. Todavía con el fósforo en la mano, escuchar un chasquido, y notar que uno de mis compañeros ya lo ha conseguido, los gases incandescentes que danzan como un velo de tonos amarillos y anaranjados. Observar la combustión de la leña y el crepitar de las ramas, inhalar el humo y su olor amargo, un poco ácido, robusto y persistente. Ver propagarse esta nueva luz que reemplaza a la del día, una luz más íntima y cerrada, que adquiere fuerza, que macera nuestros corazones y nos envuelve como en un líquido amniótico, en un humor hipnótico que invita a imaginar que estamos solos, que no hay nadie más allá de los contornos, ni fusiles ni resabios. Cerrar los ojos unos segundos. Estar bien. Ya con el cuerpo más a gusto, decidir iniciar la segunda jornada de trabajo, de mi trabajo real, pausado desde muy temprano por la restauración del templo. Poco tiempo para dedicarle a lo clave. Tomar una hoja blanca, sin uso, y comenzar a trazar en ella, sin mayores contemplaciones, la versión bidimensional y a escala del plano de la barraca que está grabándose en mi mente, cada día con mayor nitidez, como los laberintos en las piedras, como la culata del máuser en nuestra puerta. Una transferencia de datos mentales,

superficies, alturas, distancias, grosores, registrarlo todo en el papel. Ir más allá, dar vuelta la hoja y esta vez salir de la barraca, dibujar el patio exterior, distribuir en el plano las otras barracas, que al menos por fuera son iguales a la nuestra; las celdas de castigo, su comedor, cocina, bodegas y comandancia, las casetas de vigilancia a lo lejos, por ambos flancos, los cercos alambrados, los caminos interiores y la vía principal de acceso. Ir más allá y dejar indicado dónde está el estrecho, la costa, los contornos del océano que se pierde en una línea recta que divide al mundo en dos. Dibujarlo todo utilizando solo una serie de rectas y sinusoidales, un retrato abstracto pero preciso, tan preciso que a partir de él se podría construir una maqueta. O casi, porque todavía algunas cifras no están claras, unos pocos números se me han confundido u olvidado, y aún faltan algunas cifras, distancias por contar, trabajo pendiente. Así y todo, quedar satisfecho con el resultado. Se avanza, las piezas van calzando. Una vez memorizadas las mediciones que faltan, rajar los planos en pedazos. Hacer todo esto con la mayor naturalidad, sin disimulo entre mis compañeros, sonriéndoles y preguntándoles que ahora sí, que ya he soltado la mano, que a quién le gustaría retratarse, y con esto rompo el hielo. Me guardo los minúsculos trozos de papel en el bolsillo del montgomery. Después la cena, incluso alguna broma, hacer del final del día un residuo más placentero. Después ya solo unos minutos quedan, aprovechar el fuego, recoger la ropa

seca, volver a ponerme las botas antes de escuchar sus pasos, una voz somnolienta que nos ordena ir a acostarnos. Así que me levanto, me sacudo el barro seco y voy a buscar el tarro parafinero. Ingresar en la barraca, donde algunos ya se están acostando. Afuera queda la luz del fuego, adentro apenas nos alumbra la escuálida luz de una vela, que vuelve a consumir a algunos en las tinieblas. Percibir cómo la mayoría guarda silencio y se oculta entre sus propias contemplaciones. Otros pocos hablan, pero sus susurros son acallados por el culatazo seco en la puerta con que nos dan las buenas noches. Entonces ya no queda más que desvestirse, dejar las botas en el suelo, pedir permiso a mi compañero de abajo, subir al catre helado en un rechinar de maderas y resortes, quitarme el montgomery y doblarlo como almohada, cubrirme con el cobertor, aguantar la respiración, revisar una vez más los papeles rasgados, que a la mañana siguiente desaparecerán en las duchas, en mi boca, en las rendijas del suelo. Mirar el techo. Sin querer, volver a enumerar las vigas que se encuentran al alcance de mi visión. Conservar la agradable sensación de calor de la fogata, aprehender su pequeño caos. Dejarlo ir. Notar que ya casi todos duermen. Esperar ser vencido por el sueño, recuperar fuerzas. Dejar ir. Olvidarlo todo o recordarlo todo. Elijo recordarlo todo. Aunque se me vayan nublando los rostros amados del pasado, la sensación del tacto de su mano, los juegos de la infancia, pese a todo, concentrarme en recordar esto, cada centímetro

de barraca, cada metro de distancia a cada cerco, cada palmo de altura hasta las casetas de vigilancia, cada metro cuadrado de este campo de concentración que no debemos olvidar, que debemos impedir que desaparezca.

V
LOS FANTASMAS

L legamos casi al mismo tiempo. Para nosotros el trayecto fue mucho más corto. Bastó que nos trasladaran desde Punta Arenas en camiones blindados. Sabemos perfectamente dónde estamos y conocemos el camino de regreso. Entendemos el lenguaje del viento. Pero estamos marcados, allá de donde somos todos nos conocen y eso hace imposible cualquier retorno. Todavía dudamos, y podemos imaginar cómo pasa el tiempo. No solo nosotros, todos tenemos un pasado que hemos dejado atrás. Muy pocos regresan al lugar de donde vinieron. En ocasiones ese lugar ya no existe. Y nosotros no sabemos qué hay ahora dentro de las casas que alguna vez habitamos.

Cuando llegaron, solíamos oír por las noches sus lamentos, sus gritos sofocados, cuerpos que se arrastraban, disparos sordos y ráfagas de metralla. La segunda noche se llevaron a dos. Uno de ellos está muy enfermo.

Buscamos en la oscuridad un espejo roto en donde mirarnos, cuando al otro lado de la puerta todo está congelado y es en sí mismo un espejo inconmensurable. Más allá de los alambros de púas, cerca de un templo abandonado, hay un pequeño curso de agua en el que también podríamos vernos reflejados. ¿Por qué entonces insistir en el espejo? Si conocemos el lenguaje del viento.

1972. Corre escaleras abajo. Llueve con fuerza y está empapado. El río se ha desbordado como todos los años y las poblaciones aledañas están completamente anegadas. No quiere llegar tarde, pues la reunión justamente tratará de eso. Todavía no aclara del todo, la lluvia es tan intensa que le impide ver más allá de unos pocos metros, así que corre mirando el suelo, oculto bajo un grueso montgomery recién adquirido con su último pago. Pese a conocer el camino de memoria, al acercarse a la estación de trenes tropieza con uno de los rieles. Afortunadamente consigue mantenerse en pie y se salva así de caer en el barro. Se detiene unos segundos para tomar aliento, piensa en todos los ferrocarriles que por ahí alguna vez han pasado, y mientras siente cómo su cuerpo se vuelve más pesado, los frenos oxidados de un ferrocarril que no ve comienzan a sonar a lo lejos.

1896, una canoa llega a la costa. El mar inexplicablemente no se la ha tragado. De ella baja una familia, todos son muy altos. Hablan una lengua arcaica, que se confunde con los cursos de agua y con las ráfagas del viento. Caminan tierra adentro, adonde les esperan otros como ellos pero vestidos de manera diferente, no con sus gruesas pieles de guanacos, sino con delgadísimas telas que apenas los protegen y en cambio dejan al descubierto sus cuellos, pantorrillas y manos. La familia recién llegada los llama primero desde lejos, pero al no recibir respuesta se van acercando poco a poco. La vegetación ha desaparecido y detrás hay un gran muro blanco. Su curiosidad se transforma en otra cosa, en algo que todavía desconocen. Se sientan justo enfrente de sus pares, mirándolos a los ojos (pero sus miradas no son correspondidas), sin atreverse a tocarlos, sin entender que los separa una distancia que no puede medirse con los pasos.

Han comenzado a olvidar sus nombres. Saben perfectamente dónde están y conocen el camino de regreso, pero

ahora serían incapaces de navegar y el mar los devoraría en el intento. Así pasan las horas y siguen allí sentados, sin hacer caso a sus huesos congelados. Los más ancianos alcanzan a percibir una presencia, un hálito que les susurra algo al oído pero que no alcanzan a descifrar. Entonces se quedan allí, con la mirada perdida en el horizonte inmediato. 1896, el año de la extinción.

Nuestros huesos están en su mayor parte constituidos por materia inorgánica, es decir, por agua y minerales. Dentro de su tejido óseo reconocemos áreas compactas y esponjosas. Éstas últimas, vistas desde un microscopio, son como ríos que se bifurcan en todas direcciones, cuerpos de agua diversos, que asemejan esteros, golfos, bahías, deltas y estrechos. Hay muchas aguas que no son nuestras. Por ejemplo, no podemos acceder al agua de un hueso encontrado en el desierto, ni beber del corazón de un témpano de hielo. Y también está el mar, por ejemplo, que bajo sus profundidades oculta cavernas sobre cuyas paredes se conservan las primeras huellas del contacto humano: llagas como de tentáculos fosilizadas en la piedra. Y dentro de esas cavernas hay senderos que conducen a antiguos palacios, pirámides triádicas, templos de adoración, y por sobre todo a vastos cementerios, llenos de agua intomable, hechos de puro hueso.

Pasado reciente. Seguimos cavando hoyos, para enterrar en ellos las bases de los postes recién cortados. Por suerte todo parece indicar que nuestro compañero los ha convencido y que mañana iremos a examinar la iglesia abandonada. Mientras tanto, noticias soviéticas en castellano caen como lluvia de onda corta sobre aparatos radiales ocultos en sótanos cerrados bajo llave, sin interlocutores apenas que sean capaces de escucharlas y menos de entenderlas. Las noticias hablan de simulacros de fusilamiento. Esta tarde tendremos una jornada completa: clases de física, inglés y electricidad. L nos cantará con su guitarra de flores. El verde intenso de las costas, los bosques a lo lejos, el cielo magnético y sus nubes centelleantes. Una bandada de cauquenes que se aleja dibujando líneas en el espacio. Una pareja de bandurrias que los sigue a la distancia. No sabemos adónde van, pero podemos intuir que se van para siempre. Los días se comienzan a suceder uno a uno y a parecerse cada vez más, poco a poco. Desconocemos nuestro norte, mientras observamos con asombro cómo el cielo se tiñe de rojo intenso.

Gabriela es interrogada por un hombre. A cada pregunta del hombre, Gabriela le responde con sonidos de cristales. Dice que aprendió a bucear a pulmón libre en el mar siendo una niña pequeña, no recuerda exactamente dónde ni cuándo, para trasladar agua potable de isla en isla y así proveer a su familia. Dice todo esto en una lengua arcaica, en la que no existe la palabra «Dios», ni la palabra «fuerza armada».

1578, un barco pirata se aproxima. Una familia lo divisa a lo lejos, sin saber de qué se trata, pero una ráfaga de aire les advierte algo al oído, y entonces se apresuran a ocultar su canoa tierra adentro.

Abro los ojos en medio de la lluvia. Miro alrededor y no veo bosques ni montañas a lo lejos, solo un amplio horizonte que se extiende en todas direcciones. Al bajarme de la cama, mis pies descalzos resquebrajan una lámina de sal cristalizado. Alcanzo a oír, casi imperceptible, lo que debe de ser una tormenta de arena, pero no puedo verla ni saber de dónde viene. Entonces es cuando me doy cuenta de que estoy en el desierto más árido del planeta. El sol me azota con toda su certeza y el cielo es un azul pleno. No hay ninguna nube, pero sigue lloviendo profusamente. Entonces es cuando me doy cuenta de que debo estar durmiendo, y abro los ojos. Miro alrededor buscando un alma cómplice, pero todos están dormidos. La oscuridad no me permite percibir ningún movimiento, por lo que solo alcanzo a distinguir unos bultos tiesos sobre los colchones. Nadie ronca, nadie maldice en sueños, todo parece en paz y la lluvia golpeando el techo me parece una canción de cuna. Siento deseos de orinar. Me acerco al tarro parafinero y se me ocurre, junto

a la puerta, que con esta lluvia y tan entrada la noche, ya no debe quedar nadie haciendo guardia del otro lado. Entonces emerge dentro de mí una necesidad imperiosa de llegar hasta la otra barraca. En un acto temerario abro la puerta, que rechina como un gran grito de auxilio, desde afuera emergen fijos un par de ojos feroces que me miran desde las sombras, el pánico se apodera de mí y entonces bruscamente abro los ojos. Gotas de sudor bañan mi frente. Siento deseos de orinar. Recién comienza a aclarar y afuera se escucha caer una suave llovizna. Miro alrededor buscando un alma cómplice, pero todos están dormidos. Más de alguno de revuelca en su litera, intranquilo, inmerso en sus propias pesadillas. Él yace tranquilo boca arriba, como si mirara atentamente el techo, aunque no alcanzo a percibir si tiene los ojos abiertos. Quisiera abrir los ojos una vez más, pero esta vez ya están abiertos. Estar dormido: primer requisito para poder despertar. Sueños en cadenas.

Observas un objeto. Reconoces para qué sirve, cómo usarlo. Pero no sabes cómo referirte a él. Como cuando viajas a un país lejano, en el que hablan un idioma desconocido. Es un país lluvioso y te pierdes una noche entre sus calles, apenas acabado de llegar. Y los nombres de las calles están escritos en un alfabeto que desconoces, que no es el latino, que no es griego. No sabes dónde estás y no puedes pedir ayuda porque por el frío la gente se ha guardado temprano, así que no hay nadie en las calles, todas las luces de las casas están apagadas y no eres capaz de golpear a ninguna puerta, porque no eres capaz de formular ninguna palabra en ese idioma ni de entender lo que te respondan. Entonces te das cuenta de que puedes hacer muy poco, y justo cuando empiezas a entrar en pánico, un taxi aparece de la nada y se detiene a tu lado. El chofer abre la ventanilla y con gestos te dice imperativamente que subas al asiento del copiloto. No le entiendes nada más y no sabes cómo decirle que en realidad no necesitas un taxi, que debes estar muy cerca de tu destino, pero su insistencia

acaba por atemorizarte todavía más así que huyes, corres empapado bajo la noche, alumbrado por la pálida luz de los focos del taxi todavía detenido. Corres, sigues corriendo, guiado por un brillo más a lo lejos, el taxi se queda atrás y frente a ti aparecen las luces amarillas de unos focos escuálidos, que cuelgan de postes de madera separados unos metros uno de otro, enterrados sobre hoyos cavados a punta de chuzo bajo el barro, por un grupo de hombres que estos sí hablarían tu propio idioma, pero que ya no están allí para ayudarte.

No me malinterpreten, soy un optimista y creo en las personas. Sé que ganaremos algunas batallas importantes. La guerra está perdida, pero aún confío en la virtud de la gente.

Gabriela, ¿y cómo se dice:

- costa?
- ballena?
- canoa?
- lluvia?
- ventana?
- mar?
- agua?
- tormenta?
- ¿y cómo se dice:
- hombre bueno?
- hombre malo?

Gabriela, cuéntanos por favor todo lo que sabes.

Al empezar el otoño, las aves abandonan el sur y se alejan al norte, a climas más templados y sobre todo días más largos, para poder reproducirse y alimentar mejor a sus polluelos. Sus rutas migratorias están en parte genéticamente dispuestas. La otra parte del aprendizaje se traspa en vida, de generación en generación. Algunas aves pueden atravesar todo el planeta sin detenerse ninguna vez, recorriendo miles de kilómetros sin descanso. Viajar en bandadas les permite ahorrar energía durante el viaje, y al mismo tiempo protegerse de posibles depredadores. Muchas aves pasan más tiempo de su vida viajando por el aire que descansando en tierra firme. Dependiendo de su especie, sus rutas de tránsito varían en altura y en la distancia que mantienen de la costa. Hay aves marinas que planean por sobre el mar, y así aprovechan de alimentarse durante el trayecto. Otras prefieren sobrevolar la costa y aprovechar las corrientes cálidas del aire que se generan junto a las montañas y acantilados. Las aves más longevas pueden recorrer en 50 años una distancia mayor a

diez viajes de ida y de vuelta hasta la Luna. Un ser humano, en 80 años, alcanza a recorrer una distancia equivalente a tres vueltas a la Tierra, es decir, tan solo un tercio de un trayecto hasta la Luna, sin boleto de regreso. Muchas aves en continuo desplazamiento, al despegarse del suelo se vuelven eficaces y parecen vivir en paz, mientras que en tierra se les ve más alerta, aceleradas, intranquilas. Qué es lo que la tierra esconde. Migración de las aves. El año en que los pájaros se echaron a volar.

1974. Hoy me vienen a buscar. Me dijeron que iría a un hospital, y que pronto se llevarían a mi hermano también conmigo. Lo cierto es que mi salud se ha deteriorado, soy realista y no creo en las esperanzas de mis amigos, que me felicitan porque por fin tendré mejor suerte. Para no preocuparlos les devuelvo una sonrisa y prefiero guardar silencio. Miro los ojos de mi hermano por última vez, e intento insuflarle algo de energía. Luego miro hacia ese otro par de ojos profundos, de cejas más tupidas, que parecen decirme calma, ya has hecho bastante, tan solo eres un ser humano, nosotros cuidaremos de tu hermano, y yo asiento con la cabeza creyendo entender lo que me dicen esos ojos penetrantes, y reafirmo para mis adentros que sí, efectivamente, durante toda mi vida solo he sido un ser humano, nada más que eso. Mi narración presencial termina aquí. Apenas suba a ese jeep ya no tendré luz. Libre al fin, sin nada más que perder. Pero continuaré mi narración desde el vacío.

La iglesia está colmada de gente. El cura se encuentra afuera en la pequeña terraza descubierta, dando la bienvenida a los últimos feligreses que van llegando. Un bebé gatea por el pasillo de madera recién encerada en dirección a su madre, quien lo espera orgullosa, con una sonrisa plena y los brazos abiertos. Sobre el altillo de estrechas dimensiones, situado a uno de los costados, un grupo de niños ataviados con faldones blancos y bordados, afinan sus voces corales guiados por las notas que nacen de una guitarra modesta. Poco a poco la música se despliega por el recinto y consigue imponerse al bullicio y a las risas de la muchedumbre. Una vez ha entrado el último rezagado, el cura lo sigue en dirección a la puerta, pero antes se detiene en el atrio, y desde allí, muy satisfecho se persigna mirando al cielo, ante la gran cruz de metal, que se luce arriba del todo, en la cúspide del templo, orgullosa e inmune a la suave brisa que la acaricia.

El pequeño ataúd está adornado con guirnaldas, flores de plástico, mariposas y aves de papel de todos los colores. Una señora agita un extraño objeto que sirve al mismo tiempo como cencerro e incensario. Al moverlo como un péndulo brinda un sonido acogedor de campanillas y maderas huecas que se entrechocan, mientras de sus pequeños orificios emerge un intenso aroma a bosque y fogata, que colma el ambiente cerrado de la habitación. El resto de la sala está escasamente amoblada y ha sido arreglada sobriamente. Está llena de personas enlutadas, en su mayoría adultos, algunos de pie y otros sentados en sillas de madera nativa. Nadie habla y la sensación es la de una meditación colectiva, en paz y concentrada en la música del cencerro. La mujer se detiene y deja el objeto en los pies del ataúd. Para ello se inclina lentamente, con cierto esfuerzo. Espera unos segundos antes de levantarse, se dice algo a sí misma y una vez en pie se retira de la sala. Unos minutos más tarde, todavía con el aroma y las vibras musicales resonando en el

aire, uno a uno todos se comienzan a retirar, sin arrastrar las sillas, sin toser ni estornudar, sin emitir ningún sonido. Afuera tampoco nadie habla, todos cruzan la plaza y se van directamente a sus casas, en las que se encerrarán para continuar allí en secreto su propio velorio interno.

La anciana yace en su cama y desde allí observa a su pequeño nieto, quien se sienta junto a la ventana y con su vocecita aguda le va contando todo lo que afuera va pasando. El pequeño le describe cada mañana el jeep que pasa, más o menos siempre a la misma hora, los oficiales y las sendas huellas que dejan sus botas en el barro, el humo reavivado que sale de la chimenea del vecino de enfrente, una cortina que se cierra en la casa de la esquina. Mucho más que eso no ocurre. El juego podría detenerse allí, pero además de la narración de su nieto, la anciana también se entretiene mirando los dibujos de este sobre el vidrio empañado, los contornos de las figuras que pasan y que luego de haberse ido dejan allí en su ventana algo de sí mismas, en forma de manchas de humedad, como registros de su paso por lo que para ella es “el afuera”, el espacio exterior. Entonces la anciana se ajusta sus anteojos y se esfuerza por hacerse de los detalles, cómo la figura en el vidrio se va derritiendo desde la base, cómo las gotas acumuladas en los bordes de la figura van cayendo

por su propio peso, para seguir dibujando nuevas versiones deformadas de lo que era, hasta que la figura o lo que queda de ella se vuelve a empañar, y el pequeño vuelve a dibujar otro contorno, el de un nuevo uniformado, el del vehículo que regresa en sentido contrario, el del humo vecino. Así pasa la tarde, toman once, dormitan, cargan la estufa con más leña, esperan a que algo pase. El pequeño se pone su abrigo, un par de guantes, el gorro y la bufanda tejidos por su abuela. Se apoya en la ventana y aguarda atentamente a que el vehículo se vaya por la misma dirección de donde vino, para desaparecer de allí hasta el día siguiente. El niño oculta innumerables e indecibles pensamientos, que lo alejan un poco más de su infancia, y lo acercan a lo que será el resto de su vida en el espacio exterior.

Las ballenas azules son los animales más grandes que existen, existieron y existirán jamás en la Tierra. Habitan todos los océanos, y sobre ellos se desplazan a una velocidad que oscila entre los veinte y los cincuenta kilómetros por hora. Diariamente pueden comer hasta cuarenta millones de krill, un pequeño crustáceo que abunda en los mares alrededor de la Antártica, y que constituye uno de los eslabones más importantes en la red trófica del planeta. Quizás lo más asombroso de estos mamíferos marinos es su capacidad para comunicarse por medio de breves mensajes sonoros e infrasonoros de entre diez y treinta segundos de duración, que repiten una y otra vez durante horas y días para componer una larga canción que se propaga miles de kilómetros bajo el mar, a una velocidad cuatro veces superior a la que se desplaza el sonido por el aire. Nosotros los humanos solo podemos escuchar una pequeña fracción de esta música, la que va constantemente cambiando, de forma lenta y gradual, como un canto infinito que perma-

nementemente atraviesa el globo sin que nos demos cuenta. Su lenguaje es único y solo está emparentado con la fuerza de los elementos. Las ballenas azules son como el viento bajo el mar. Las ballenas azules, que hasta comienzos del siglo XX ascendían a más de doscientos mil ejemplares solo en las costas de la Antártica, de las que hoy solo quedan menos de diez mil. Viven al menos ochenta años, lo mismo que un ser humano que ha alcanzado eso que llamamos la tercera edad. Su corazón pesa seiscientos kilogramos. Ballena azul, el titán en peligro.

Para 1968 habrá 3500 millones de habitantes en el planeta, y se estimará en 108 mil millones las personas nacidas desde el origen de la humanidad. Esto es, hacia 1968 habrá 30 muertos por cada vivo. En 2012 hubo 7 mil millones de vivos y se estimó en 107 mil millones el número de muertos. Es decir, en 2012 hubo 15 muertos por cada vivo. El número de muertos crece, y también lo hace el número de vivos. Crece la vida y crece la muerte. Las almas se dividen. Las reencarnaciones son un constructo matemático para representar el infinito. Los 7 mil millones de muertos se cumplieron entre el día 1 después de Cristo y el año 8000 antes de la traición de Poncio Pilato. Es decir que los vivos son mucho menos que los muertos. Aumenta el número de vivos, pero estos nunca alcanzarán al número de muertos. No mientras sigamos siendo seres humanos, no mientras no nos extingamos. Veo un hombre que camina mientras va desapareciendo. No hay ninguna luz al final de ningún túnel, ningún recuento de su vida en el próximo instante,

no hay un corazón latiendo más aprisa, no hay aceleración ni desaceleración. Simplemente el hombre camina mientras va desapareciendo.

Solo bastaron gases y magnetismo, la gravedad de la situación llevó a una cosa y luego a la otra. En forma de viento solar, en forma de vientos planetarios. El viento no tiene edad, pero no es principio, es resultado. El viento extraterrestre, el flujo a mayor escala que mucho más tarde se vino a afincar en este planeta, mucho más tarde, pero todavía mucho antes que la vida existiera. Solo bastó una combinación de nitrógeno y otros gases, la aparición de una atmósfera aún sin oxígeno, todavía irrespirable. Después comenzó la vida y algunas cosas se empezaron a mover solas o ayudadas por otras cosas, en todo caso sin la necesidad del viento. Civilizaciones enteras lo adoraron o lo negaron durante miles de años, pero miles de años son para el viento apenas un pulso, lo que para nosotros la vida de un mosquito.

Cosas que podría haber hecho cada día luego de abrir los ojos:

- mirar la hora
- apagar el despertador
- retrasar el despertador
- cerrarlos y seguir durmiendo
- acariciar su rostro o buscar su tacto
- tomar la agenda de mi velador y organizar mi día
- ir al baño
- desperezarme
- escribir mi sueño
- tomar un vaso de agua

Cosas que podría haber hecho, pero que ya no hago.

La restauración del templo fue suspendida, las reparaciones quedaron incompletas, la cruz nunca fue enderezada, la tumba quedó abierta. El campamento fue desmantelado, las barracas incineradas, las huellas borradas, los caminos artificialmente envejecidos. Los neumáticos usados se hicieron polvo a los costados. Se decretó un veto de silencio. El viento no se dio cuenta de nada y continuó azotándolo todo, difundiendo su salmo de lugar en lugar. Llegué a olvidar la cordura, el nombre de mis hijos, mi propia historia, el por qué lo hago, pero atesoré un último recuerdo hasta el final. Antes de olvidarlo todo, me llevé ese único recuerdo afuera de la isla, al otro lado del mundo, y desde allí, de nuevo con un lápiz en la mano, reproduje de memoria y sin esfuerzo cada esquina de la barraca, cada pie del campamento: barraca Alfa, barraca Bravo, barraca Charly, barraca Remo, barraca Isla, el patio exterior, los comedores, la cocina, las bodegas, la comandancia, las casetas de vigilancia, las celdas de castigo, el doble cerco de alambrado, el estrecho y la costa del

estrecho. Y mientras el dibujo iba apareciendo en la hoja, fiel a la realidad, más nítido que cualquier otro sueño, supe que eso que dibujaba al mismo tiempo iba desapareciendo en el otro lado del mundo, allá donde nació el recuerdo. Después lloré y me asombré por eso, porque pensaba que también había olvidado cómo llorar. Y ese fue mi último recuerdo.

2016, Santiago, sede del partido. Un hombre anciano sentado justo enfrente mío, solo, dándome la espalda, de cabellera, bigotes y cejas tupidas y blancas, que viste todo de blanco, con una camisa de manga corta, un pantalón de tela y zapatillas ortopédicas. Espera pacientemente con sus manos apoyadas en las rodillas. Lo reconozco enseguida. Comienzan a llegar algunos de sus antiguos compañeros, que se van sentando junto a él. Uno se inclina para decirle algo en voz baja. Yo solo atino a mirar su espalda profundamente emocionado. Me imagino que le siguen haciendo preguntas relacionadas con la restauración. Una joven nos pide nuestra atención a través de un micrófono. Tras ella, en un telón blanco de fondo, arriba de un mesón adornado con flores, aparece proyectada una antigua fotografía en blanco y negro, con el semblante sano y tranquilo de aquel que he decidido fuera mi voz. Su hermano está presente en primera fila, junto a sus familiares más cercanos. Otros parientes se distribuyen alrededor de la sala. La joven da las gracias

a los asistentes, a los miembros importantes del partido, y va nombrando uno a uno a los distintos invitados que estuvieron en la isla y fueron compañeros del homenajeado. Pero a él no lo nombra. La mujer continúa su discurso y yo me pongo intranquilo, me acerco a uno de los principales organizadores del homenaje, quien me permitió entrar a este evento privado, y le pido que digan su nombre, que él también está aquí sentado entre nosotros, que por favor digan su nombre. Me mira directo a los ojos por unos segundos, primero sin entenderme, luego asiente, se acerca respetuosamente al escenario para interrumpir a la mujer y remitirle mi mensaje en el oído. La presentadora también lo mira a los ojos, primero sin entenderle, luego asiente, y abre en su discurso un pequeño paréntesis para pedir disculpas, y agregar sencillamente que también él está presente.

Valparaíso, 2015-2021

A MODO DE EPÍLOGO
CONSTRUIR UN TEMPLO
EN MEDIO DE LA NADA
POR JONNATHAN OPAZO

Detrás de las ruinas de la Villa San Luis, en Las Condes, hay unos edificios horribles que parecen representar el espíritu de Sanhattan o, por extensión, el de Chile posdictadura: rectangularmente toscos como un celular antiguo, llenos de vidrios que espejean el sol y el cielo plomo de esmog de la gran capital, apilados sin armonía alguna para transformar el horizonte en algo así como una dentadura en mal estado. Para el que no sabe —las operaciones de desmemoria de este país son sumamente efectivas—, ese conjunto habitacional abandonado fue uno de los tantos proyectos que la Unidad Popular puso en manos de Miguel Lawner, Premio Nacional de Arquitectura y una de las tantas figuras tutelares que sobrevivieron a la debacle militar del 73. Ese conjunto habitacional tenía por objetivo disminuir el déficit de vivienda social del país e integrar a sus habitantes al centro de la ciudad. Pero llegó el golpe. Tomo estas palabras de una entrevista que dio el arquitecto Yves Besançon a un medio local: «[los habitantes de la Villa San Luis] Fueron

desalojados de una manera violenta, horripilante, incluso en camiones de basura. Los dispersaron en distintos terrenos, sin importar que incluso familias quedaran divididas. Al amanecer hubo gente que caminó cuerdas de cuerdas tan solo para preguntar dónde estaban. Fue una violencia institucionalizada sin ningún sentido, un error que nunca debió haberse cometido».

Mientras eso ocurría, un centenar de militantes de izquierda y civiles simpatizantes de Allende eran encarcelados, fusilados, enviados al exilio o torturados de forma atroz para acabar con el proyecto popular y restaurar —esto aparece en varios documentos institucionales de la época— la «cultura occidental cristiana».

* * *

El oficio del arquitecto está hermanado con las ruinas y en el caso de Lawner esto parece cumplirse a cabalidad: luego de ser tomado prisionero durante la dictadura y ser relegado a la Isla Dawson, es obligado junto a los otros presos a talar cipreses de las Guaitecas para la instalación de postes. La cercanía del campo de concentración con la iglesia de Puerto Harris le da a Lawner una idea que logra convencer a los militares a cargo: utilizar esos cipreses para reconstruir la iglesia. El edificio había sido construido por una misión Salesiana a finales del siglo diecinueve, abandonada y vuelta

a reconstruir y otra vez abandonada hasta la llegada de los presos políticos. Además, los trabajos en el edificio despiertan en Lawner un interés no explorado por el dibujo a mano alzada, cuya técnica desarrolla en medio del encierro y le permite dejar testimonio de su paso por ese lugar infame. Contra el dominio del horror y la muerte, los prisioneros invierten el castigo bíblico —«te ganarás el pan con el sudor de tu frente,/ hasta que vuelvas a la misma tierra/ de la cual fuiste sacado» (Gén 3:19)— y trabajan para sobrevivir, para aplacar el sufrimiento, para evitar caer abatidos a la misma tierra de la que fueron sacados como diciendo: el polvo son ustedes, nosotros somos piedra y sobreviviremos.

Habrase visto gesto más grande de amor a la vida: reconstruir un templo en medio de la nada.

* * *

Hasta ahí los hechos. La memoria de los hechos. La rea, la rea, la realidad. Aunque parece que la ficción —gemela incómoda de la historia— tendría poco que decir, esta primera novela de Fabián Riquelme se permite contradecirnos de diversas maneras. En *Olvidarlo todo* el personaje principal es y no es Miguel Lawner. La voz que narra, la voz que escuchamos con los ojos, no tiene nombre. Sus contornos parecen no estar definidos, no hay un adentro y un afuera: todo él es el campo de concentración. Pero allí, al borde de

la deshumanización, el personaje resiste. Ante la opción de quebrarse en mil pedazos, de humillarse ante los verdugos, una vida se abre paso en toda su potencia posible. Frente al imperio de la muerte y el silencio de los sepulcros, vivir, estar vivo: «El hombre acepta el viento con una mezcla de resignación y respeto, pero se resiste a participar en su coreografía. Pisa con fuerza. Pisa dejando huellas en la nieve. Su cuerpo camina levemente inclinado hacia adelante, con una mano aferrada a su orinal y la otra oculta en el hondo bolsillo de su Montgomery», escribe Riquelme.

La división en cinco episodios —Los objetos, Los cautivos, Los celadores, Sigo mismo, Los fantasmas— le permite al autor ir modulando las voces que arman y desarman al mismo tiempo esta historia de prisión política contada desde una óptica personalísima: diríase que antes que buscar una verdad en el testimonio, Riquelme se permite llenar los huecos del relato histórico con una imaginación rica en descripciones. El paisaje de la Patagonia es también un personaje, vuelve los días irreales con su hostilidad austral y fría. Sopla y sopla en las islas del fin del mundo como sopla en *El caballo de Turín* de Béla Tarr, por ejemplo, donde la casa medieval, el caballo y sus dueños son azotados por ráfagas demoniacas.

Y frente a la inmensidad del paisaje, construir. Ante el vértigo de lo infinito, ampliar lo posible. Reconstruir. Volver a poner en pie aquello que ha sido dejado a merced de la

erosión. Riquelme lo escribe así —me permito citarlo aunque ustedes ya lo leyeron—: «El hombre se propone restaurar esa obra creada por alguien que ya no existe. Tampoco existen ya sus planos. El hombre no cuenta con las condiciones mínimas para trabajar de la manera más eficiente, pero es competente y tiene experiencia en esforzarse por recuperar lo que parecía perdido. Años de experiencia adquiridos en otro lugar y en un pasado remoto que se esfuerza por rescatar del olvido. Años de experiencia de otro lugar remoto para rescatarlo del olvido. Experiencia remota para un rescate. Rescate remoto. Olvido».

La escritura como posibilidad de imaginar los recuerdos de otros que se han esforzado en no ser olvidados, esa podría ser la política de esta novela. De allí también su incompletitud, su fragmentariedad, que asume también que los espacios en blanco son necesarios para que el lector entre a completarlos. *Olvidarlo todo* está lejos de ser una historia digerida escrita para transformarse en un *souvenir* de una izquierda melancólica. Diría más bien —puedo equivocarme, por supuesto— que hay una poética del trabajo y los oficios como una forma de resistir al terror organizado.

Es también la función que cumple el dibujo en la novela. Riquelme lo narra bien: «Y mientras el dibujo iba apareciendo en la hoja, fiel a la realidad, más nítido que cualquier otro sueño, supe que eso que dibujaba al mismo tiempo iba desapareciendo en el otro lado del mundo, allá

donde nació el recuerdo. Después lloré y me asombré por eso, porque pensaba que también había olvidado cómo llorar. Y ese fue mi último recuerdo». Llega un punto en que olvidar y recordar se vuelven dos movimientos que se cruzan y mezclan hasta difuminarse: un hombre dibuja para dejar sus recuerdos en alguna parte y poder olvidar, pero el olvido hace lo suyo también con el lugar que recuerda y así. Recuerdo y olvido como un juego de cajas chinas.

Para el volumen que tenemos entre manos, Miguel Lawner donó algunas fotografías de sus dibujos que están conservadas por el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Lo inquietante es cómo la novela dialoga con las imágenes hasta el punto de hacernos sospechar que Riquelme en realidad escribió una écfrasis de estas estampas. He ahí la riqueza de su relato: cuando miramos la ilustración de los prisioneros levantando un poste nos encontramos con la misma intensidad expresiva con que Riquelme hace hablar al paisaje. Aunque el régimen de las imágenes y el de los textos reclaman para sí sus propias reglas de análisis, en *Olvidarlo todo* hay un diálogo por lo bajo fantasmal. Como el cuento de Borges, esta novela podría llamarse *La memoria de Lawner*, con Riquelme protagonista de una suerte de metempsicosis: un día, sin saber cómo, su imaginación se pobló de recuerdos que no son los suyos. La novela —entonces— como conjuro.

Otra de las ilustraciones muestra a los prisioneros en su barraca ordenados en fila. Lawner agrega un texto a la

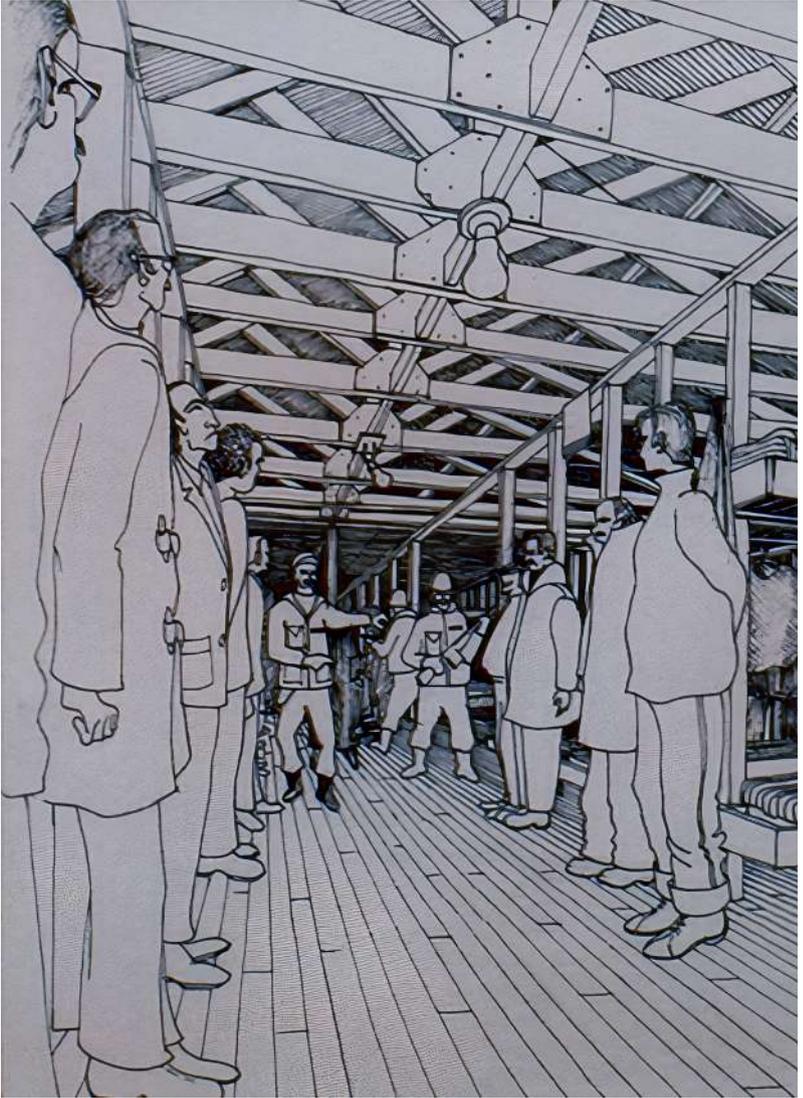
ilustración, «El discurso de Weidenlaufer. Oficial del cuerpo de infantería de la marina». El texto es inquietante y brutal: «Prisioneros: ustedes tendrán que olvidarse de lo que eran antes. Vean lo que son ahora. Cualquier conscripto vale cien veces más que ustedes. Chile no necesita intelectuales vagos, ociosos como ustedes. Chile necesita soldados y haremos de ustedes soldados cueste lo que cueste». La escena nos recuerda a la escena inicial de *Full metal jacket* de Kubrick. Pero acá no hay cabida para el humor antibélico. Weidenlaufer no está hablando: está siendo hablado por el proyecto fascista de los militares chilenos. Es apenas un ventríloquo de la Lengua de la Dictadura. El dibujo está fechado en marzo de 1974, por lo que se remonta a los primeros años del terror, tal vez los más crueles.

La sobrevivencia de estos dibujos, junto con el poema de Víctor Jara antes de ser acribillado o los libros de Qui-mantú que salvaron de la hoguera, están ahí como las piezas de un templo que cada cierto tiempo hay que reconstruir. Fabián Riquelme nos entrega esta, su propia viga de ciprés, para que sigamos en la faena.

Región del Maule, primavera del 2021

GALERÍA DE DIBUJOS EN ISLA DAWSON
MIGUEL LAWNER





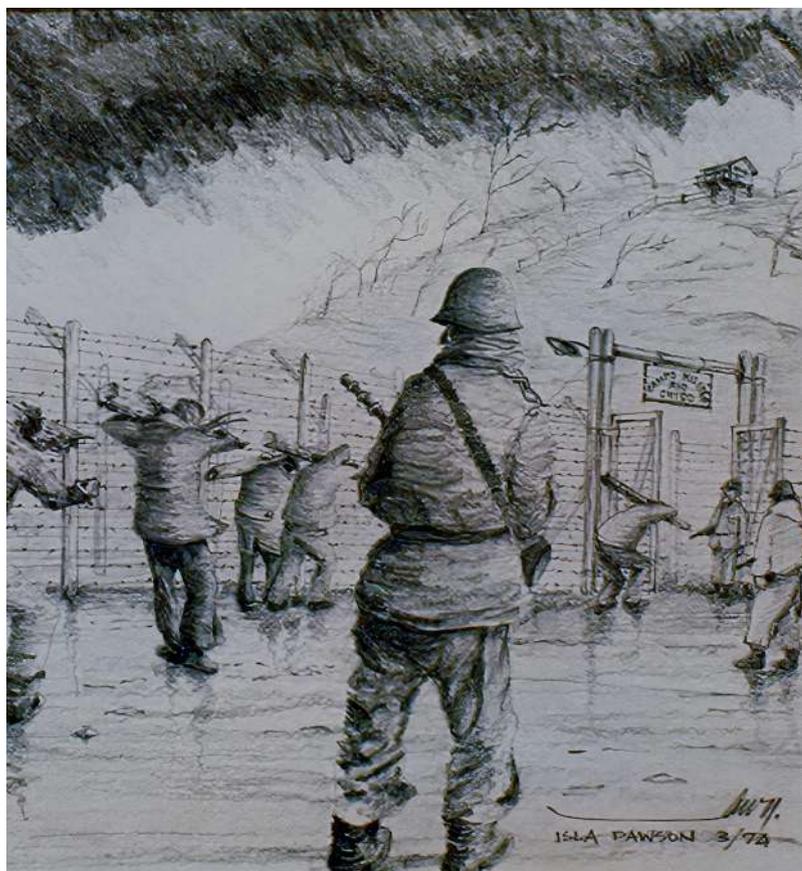


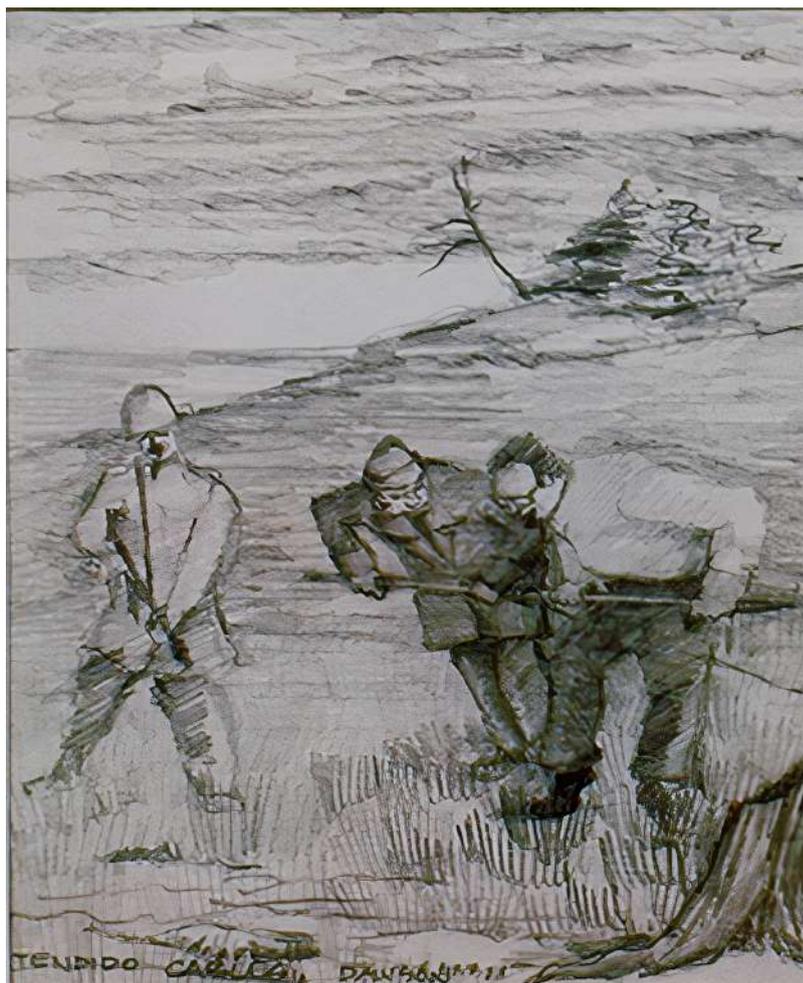
EL DISCURSO DE
WEIDENLAUFER.
oficial del cuerpo de infan-
tería de marina.

PRISIONEROS :
USTEDES TENDRAN QUE
OLVIDARSE DE LO QUE
ERAN ANTES. VEAN LO QUE
SON AHORA. CUALQUIER
CONSCRIPTO VALE CIEN VE-
CES MAS QUE USTEDES.
CHILE NO NECESITA INTELEC-
TUALES VAGOS, OCIOSOS CO-
MO USTEDES. CHILE NEDE-
SITA SOLDADOS Y HAREMOS
DE USTEDES SOLDADOS CUESTE
LO QUE CUESTE. OIGANLO
BIEN, : CUESTE LO QUE CUES-
TE. EL QUE NO QUIERA EN-
TENDERLO, SE QUEDARA
BOTADO EN EL CAMINO.

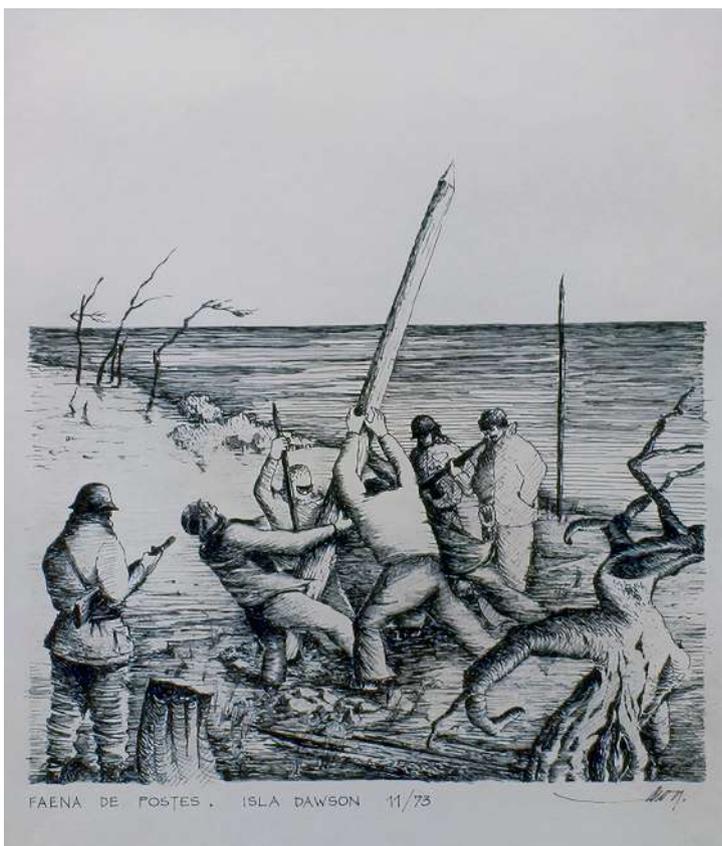
ISLA DAWSON
MARZO / 1974

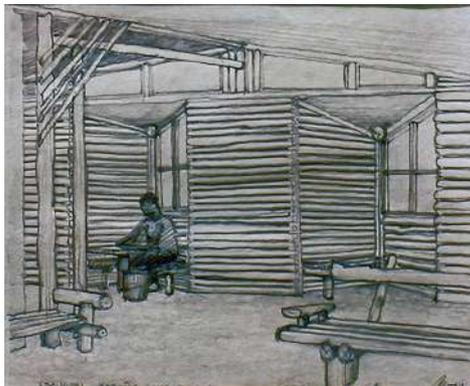
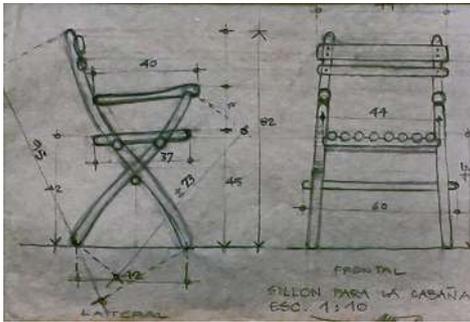
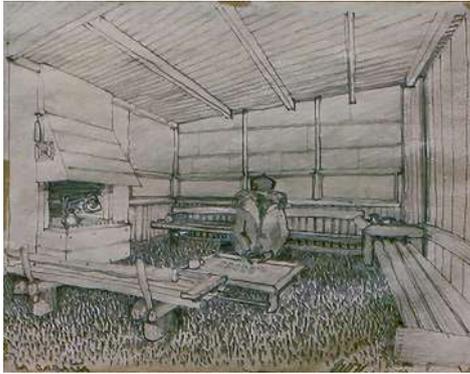


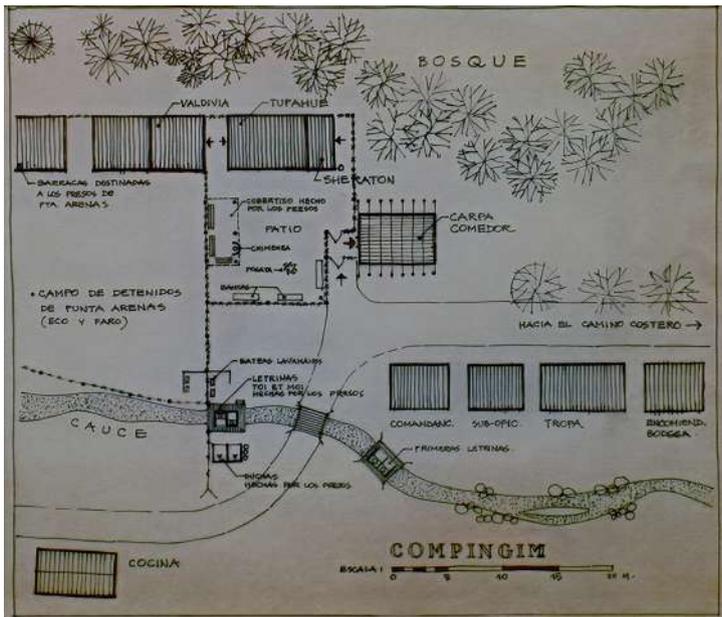












Quisieramos agradecer a Miguel Lawner y al Museo de la Memoria, por la cesión de estos dibujos, que retratan el cautiverio en el centro de reclusión de Isla Dawson.

COLOFÓN

E D I C I O N E S

OLVIDARLO TODO ©FABIÁN RIQUELME CSORI.
RPI 2021-A-8308, ISBN 78-956-9301-70-4.
EDICIÓN A CARGO DE BRUNO SERRANO NAVARRO,
DISEÑO DE PORTADA Y DAGRAMACIÓN A CARGO
DE RODRIGO ARROYO. FUE PRODUCIDO EN
EL TALLER INUBICALISTA DE BARRIO PUERTO,
VALPARAÍSO EN LA PRIMAVERA DE 2021. PARA
SU COMPOSICIÓN SE UTILIZÓ LA TIPOGRAFÍA
ADOBE GARAMOND PRO. PARA LA IMPRESIÓN DE
INTERIOR SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO
DE 80 G, Y COUCHÉ DE 300 GRAMOS PARA LA
PORTADA. SE REALIZARON 300 EJEMPLARES.
ESTE LIBRO OBTUVO EL APOYO DEL FONDO
DEL LIBRO Y LA LECTURA 2019, LÍNEA DE
CREACIÓN, NOVELA, DEL MINISTERIO DE LAS
CULTURAS, LAS ARTES Y EL PATRIMONIO DE CHILE.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

La escritura como posibilidad de imaginar los recuerdos de otros que se han esforzado en no ser olvidados, esa podría ser la política de esta novela. De allí también su incompletitud, su fragmentariedad, que asume también que los espacios en blanco son necesarios para que el lector entre a completarlos. *Olvidarlo todo* está lejos de ser una historia digerida escrita para transformarse en un *souvenir* de una izquierda melancólica. Diría más bien —puedo equivocarme, por supuesto— que hay una poética del trabajo y los oficios como una forma de resistir al terror organizado.

Es también la función que cumple el dibujo en la novela. Riquelme lo narra bien: «Y mientras el dibujo iba apareciendo en la hoja, fiel a la realidad, más nítido que cualquier otro sueño, supe que eso que dibujaba al mismo tiempo iba desapareciendo en el otro lado del mundo, allá donde nació el recuerdo. Después lloré y me asombré por eso, porque pensaba que también había olvidado cómo llorar. Y ese fue mi último recuerdo».



9 789569 301704